

# COLMILLOS CONFIDENCIALES

*Manuel Arce Arenales*

Editorial



Atanbique

**Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución  
Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0  
Unported License.**

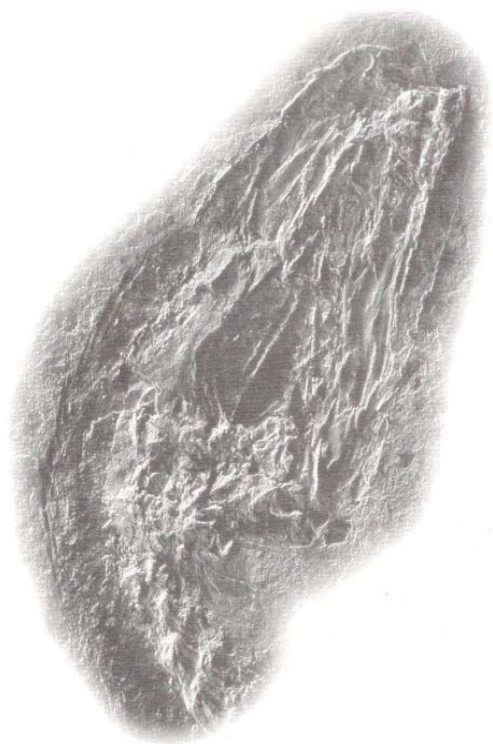
**Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:**


**<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>**



# COLMILLOS CONFIDENCIALES

*Manuel Arce Arenales*



editores  alambique

# **COLMILLOS CONFIDENCIALES**

manuel arce arenales

863.44

A668ci Arce Arenales Manuel, 1949 —  
Colmillos Confidenciales / Manuel Arce Arenales  
—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 1999.  
126 págs.; 21 x 13 cms.—  
(Colección Quijongo #7).

ISBN 9968-9871-8-2

1. Cuentos costarricenses      1. Título

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: el verdadero artista todo lo saca de su corazón.

El arte no establece ni afínca, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada (basada en una fotografía de O. Louis Mazzatenta), diagramación, corrección (de estilo y filológica), edición (técnica y literaria), realizados por el Consejo Editorial de Editores Alambique.

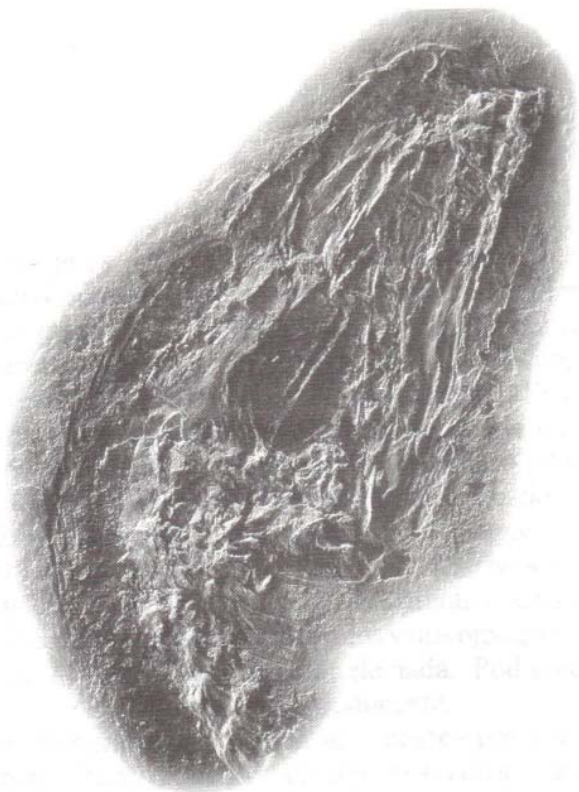
Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

ISBN 9968-9871-8-2

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 1999.

© Manuel Arce Arenales

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.





## EL SUEÑO DE QÛIR

Me llamo Ianos. Vivo en una casa de madera. Una casa ya vieja, construida con tablillas delgadas y ennegrecidas. El techo es bajo. Tanto, que a veces tengo que agacharme para poder pasar por las puertas. Hay cuartos que más se asemejan al cubil de un lobo que a una habitación humana. Son muy oscuros. En muchas partes se ven restos de sillas, muebles desvencijados, cosas que en un tiempo fueron bellas y ahora dan la impresión de antiguallas. Cosas que todavía conservan restos de una antigua belleza.

Cuando yo era pequeño, era muy pequeño, delgado y débil. Era el mejor en ver otras cosas, es cierto, pero eso no solo no me daba prestigio ante mis compañeros: me hacía antipático a los ojos de la mayoría. Hacía cosas con mis manos y mis ojos que otros no podían hacer. Pero eso no me servía de nada. Podía ver todo desde lejos, pero eso me era contraproducente.

Cuando Talos era pequeño, ya era muy fuerte y popular. Todos lo admiraban. Era muy bueno haciendo cosas con su cuerpo. Y me molestaba mucho. Él y los demás. Sus seguidores. Me pegaban y me insultaban. Yo no hacía nada. Todos me llamaban cobarde y mujercita. Así que un día, junto con otros también débiles, atacé la guarida de Talos. Juegos de niños. Tenía mucho miedo. Muchísimo miedo de que Talos me fuera a pegar. Me metí por túneles muy estrechos, por donde apenas podía pasar. Los otros se habían adelantado. Yo gritaba y nadie contestaba. Cuando empezaba a asustarme, oí una voz conocida. Seguí adelante. Los túneles eran de un amarillo parduzco moteado con zonas más oscuras. Por dentro y por fuera. Como anillos. No sé cómo podía verlos por fuera. ¿Un cuello largo, invisible, solo ojos? Había cosas viejas. Brillaban con una luz mortecina, pero brillaban. Sillas y muebles amarillo opaco, con zonas más oscuras y más claras. No sé cómo salí.

Luego empecé a hacer cosas con mi cuerpo. Comencé a hacerlo



bello y proporcionado, desapareció mi aspecto de zancudo. Me formé un cuerpo muy hermoso. Mi cabello era casi oro, ondulado. Y no tenía barba. Muchos me admiraban. Vestíamos túnicas cómodas y muy simples entonces. Yo vestía una túnica azul, Talos una túnica roja. Tenía barba. De ésas que tienen la punta cuadrada. Y un bigote que se unía con la barba. La barba era muy negra.

Esta vez no sentí tanto miedo. Lo reté enfrente de muchos. Y enfrente de muchos me venció otra vez.

Ya somos mayores. Ahora vestimos ambos de rojo. Vestidos rojos, con guarniciones doradas. Cascos relumbrantes y sandalias. Vivimos en la misma casa. Con mi padre, un señor de barbas grises, que habla con fuerza y dice todo lo que piensa. Es un poquito obeso y viste una túnica celeste muy floja. Le llega hasta los tobillos. Las nuestras no nos llegan a las rodillas. Sus barbas no son muy largas y él ya está medio calvo. Yo soy el bueno. Y Talos es el malo. Es el villano. A mí me ponen de ejemplo. Me ponen. Porque con nosotros vive una mujer. Una mujer muy bella. Muy, muy bella. Tiene el cabello color de miel cenicienta, con hebras un poco más oscuras y con hebras un poco más claras entremezcladas. Tiene los ojos grisáceos. Son grandes, y miran con gran cariño o gran indignación. Ella me quiere. Y yo la amo. Talos también la desea, pero no como yo. Él la desea como el toro que es jefe de su harem. Ella viste una túnica de un celeste un poco más encendido que el de mi padre.

Reto a Talos otra vez. Usamos jabalinas rojas, muy cortas y livianas, con una pequeña parte de la punta forrada de latón. Talos, de quien todos siempre esperan traición, me espera de frente, firme, con las piernas un tanto abiertas. Tiene la jabalina en la mano derecha. Se apoya un poco en ella, y el viento mueve suavemente sus rizados cabellos negros. Atrás suyo hay una piedra grande y alta, cubierta en parte por musgo y plantitas verdes. Me subo en ella y lanzo con toda mi fuerza la jabalina. Vibra en el aire y se le ensarta justo en el medio de la espalda. Pero es muy liviana y solo la punta cubierta de latón se hunde. Cae abriendo los brazos y sin exhalar un gemido. Lo arrastro hasta un desván. Me siento muy mal. Muy mal. Como si me estuviera volviendo loco. Algo muy grande y muy indefinido me aprieta el gástrico, el estómago, las dos cosas, ahora,

dentro de un poco, una a la vez.... Pero sé que no podía dejar de hacerlo. Totalmente imposible. Y si se me presentara otra vez la misma ocasión, sé que lo volvería a hacer del mismo modo.

Talos no muere. No sé por qué, ni cómo. Lo arrastré a un desván lleno de cosas viejas, desvencijadas pero todavía brillosas. Por eso no me extraña que no haya muerto. Me mira de un modo raro. Y yo soy el malo ahora. Mi padre me regaña a la hora de comer, echando trocitos de comida por la boca. Y ella me mira indignada mientras observa acariciante a Talos. Todo esto es un tormento terrible para mí, aunque sé que lo tengo merecido. Me destroza por dentro. En lugar de actuar como debiera, para enmendar lo que se pueda, hago más cosas malas. Como en contra de mi voluntad. Pero estoy seguro de que no podría dejar de hacerlas. Y al ver los efectos desastrosos de lo que hago, porque me riñen, hago más... y más. Talos es malo. Es la maldad personificada. Y yo lo odio y le tengo envidia.

Talos la interroga ansioso desde arriba. Ella está acostada en su lecho, bella, bellísima. Me acerco sumiso. Y me besa. La beso como besa el macho a la hembra. Dice que se queda conmigo. Yo me siento feliz. Desde hacía tiempo no me sentía feliz. Talos sale cabizbajo. Ella me mira con fijeza y luego dice que no se queda con ninguno de los dos.

Talos tiene la cabeza recostada en su lecho. Ella le pasa la mano por los cabellos. Él tiene el tronco también recostado en el lecho, los brazos abiertos sobre la cubrecama. Las manos también abiertas. Las piernas, claro está, fuera del lecho. En la posición que toma uno al hincarse, un tanto más separadas tal vez. No me ve. Yo tampoco veo su rostro. Pero ella sí me ve. Entro por la ventana. Hay un martillo encima de uno de los gaveteros. El mango blanco y el hierro rojo. Pesa. Sonrío, sé que un tanto diabólicamente. Lo agarro

y amago con tirárselo a la cabeza, medio en serio, medio en broma. Ella grita. En lugar de quedarme y explicar que era solo un amago, sin intención verdadera, huyo por la ventana, asustadizo. Sé que eso es peor. Ahora creerán que quise matarlo en serio.

Me refugio en uno de los cuartos que parecen guaridas de lobo. Por la ventana, observo que mi padre se acerca muy serio, echando espumitas por la boca. Brinco y salto como esos monos del zoológico, diciendo "uh-uh". Muy excitado y en cuatro manos, con un brillo falso en los ojos y un no sé qué sin fondo en el estómago. Entra en el cuarto y dejo de saltar, quedándome en la posición exacta que tenía una fracción de segundo antes de parar. Como si me hubiera paralizado con un rayo especial. Me siento frío, y el miedo aflora sin tapujos a mis ojos. Mi padre se me queda viendo furioso. Y luego dice que él y ella me consideran indigno. Que se siente triste y defraudado por mí. Que les doy asco y disgusto. Yo cada vez me pongo mas frío. Habla mucho. Se ve que está de veras triste y defraudado. Luego me arroja un recipiente blanco.

Es un recipiente que yo le había regalado. Blanco, con figuritas rojas y azules adornándolo. Diminutas. Me lo ha arrojado a la cara y luego se ha ido sin volver a ver, caminando rápido como él camina y quizá más rápido. Cierro los ojos, duro, duro, duro, y siento que me pongo frío, frío, frío...

I

**COCODRILOS  
EN ALMIBAR**



## LA CARTA

### *17 de febrero*

González volvió a contemplar las uñas de sus manos, amodorrado por la difusa coloración que emanaban, levemente atónito ante la sensación de extrañeza que le producían sus dedos, negligentes y ajenos. La lluvia continuaba cayendo con la torpe persistencia de la ignorancia, con la disciplina monótona de lo indiferente.

A su alrededor, los escritorios parecían simbolizar la perenne estructura del tiempo, y le inspiraron una reflexión sobre “el ineluctable orden de las cosas que apenas permitía el paso de los hombres, sus mínimas acciones como semblanza pálida del movimiento, imitación de la rutina cósmica que eterniza el mañana en el ayer sin petrificar el hoy, calendario constante apenas punteado por algún error ocasional...” “Debería anotar estas palabras”, se dijo, y despertó súbitamente para volver a su carta:

Me hace falta el ancho aire de la playa, la brisa fortificada por la sal, el sol duro sobre la arena. Pero, la verdad, solo la pasión misteriosa de tus labios podría tentarme para abandonar mi trabajo, el ajetreo vertiginoso que provoca estar en medio de decisiones monumentales, de fluctuaciones que provocarán la felicidad o la desdicha de miles de seres. Agotador a veces, sí, pero embriagante. Esta sensación de poder, esta tensión interna que vibra en el ambiente como el zumbido de un panal.

—González, no entiendo lo que pasa con la solicitud P-32D-04. El cliente ha llamado varias veces pero no estaba yo para recibir la llamada. Según el mensaje, se trata de un asunto suyo.

El lápiz rodó por el escritorio, y al tratar de alcanzarlo antes de que cayera, solamente logró hacer caer también la engrapadora y el

sello. Después de ordenar ciertos papeles, barajándolos con aire de suprema compostura, volvió a ver a su interrogador con la escrutadora mirada de quien sabe las respuestas de antemano.

—¿La P-32D-04? Gómez la procesó la semana pasada. Y, además, yo no tengo que ver con fideicomisos.

El solicitante parpadea confuso, y González contempla con disgusto cómo muerde sus uñas, desaparejas y manchadas con tinta.

— ¡Oh, Gómez..!

Perdón, querida. Una urgente llamada de un consejero ministerial me obligó a abandonarte durante algunas horas. ¡Qué ventaja ésta, la única que proporciona el hablar por carta cuando no pueden intercambiarse los pensamientos y las sensaciones con tibias palabras y fúlgidas miradas!

Por un instante, se detuvo indeciso. Luego tachó la palabra "fúlgidas" y la sustituyó por "penetrantes". En ese momento se percató de que el escribiente permanecía todavía de pie ante su escritorio, los ojos desenfocados, la boca ligeramente abierta.

—¿Qué le sucede? ¿No tiene trabajo por hacer?

—S...sí señor...P...pero el formulario...

Tropezaba ahora con sus propias palabras, enredado en la estúpida confusión del herbívoro llamado por diferentes pastores a la vez. González lo contempló con el frío gesto de la eficiencia en el rostro, y con una mezcla de pena y asco en el corazón.

—Tinauer —dijo suavemente— ¿por qué no consulta con Gómez primero? O revise el manual de operaciones con fideicomisos. Si después todavía tiene alguna duda, con gusto lo ayudaré.

El muchacho lo contempla dubitativamente por unos segundos, inclina ligeramente la cabeza, y luego se retira sin prisa. Pasa bromeando junto al conserje y comienza a desprenderse la corbata frente al escritorio de Gómez mientras plantea, comedido y nervioso, una duda evidentemente inoportuna. Una tenue agitación, casi una manifestación espontánea de vida, se percibe en los rostros ávidos que parecen hipnotizados por el reloj marcador.

Me despido, tesoro. Una larga jornada en aviación me espera, como resultado de la reunión sostenida con el ministro. Volveré en cuatro o cinco días, y a falta de tu presencia fulgurante y embriagadora, tendré que conformarme con tus perfumadas palabras. ¡Por favor escribe! Tu recuerdo es como el tranquilo lago en el bosque, como la paz que ansía el agobiado por las responsabilidades. Algún día, quizá, acariciaré de nuevo tus sedosos cabellos dorados.

Te ama,

Mario

Sin molestarse por la corbata, se puso el saco pesadamente. Afuera seguía lloviendo, y la oficina ya casi estaba desierta.

### *1 de marzo*

—¡González, te llegó una carta!

Hacia calor, y el aire se empozaba en el linóleo. Los bordes cromados de los ventanales y las deslucidas cortinas parecían resentir el sol. Gómez pasó bufando como siempre y Tinauer hizo un débil intento por sonreírle. Con rostro oficial, hierático, solemne, abrió el sobre. Antes de comenzar a leer, hizo reposar su mirada sobre la planicie poblada de sillas giratorias. Imperioso miró, lleno de confianza, como un general al mando de su ejército. Ni siquiera se inmutó cuando sus ojos interceptaron los del jefe: simplemente inclinó el rostro y rearrregló diligentemente algunos papeles, engavetando unos y desarchivando otros.

Amor mío, no puedo olvidar las noches que pasamos junto al mar, aunque lo intente. Todo aquí me parece tan superficial, tan plástico, tan carente de vida. El recuerdo de tu bello país invade mi corazón, y la riqueza que me rodea, la abundancia descuidada de mis compatriotas, me parecen repugnantes. ¡Aquí no hay pasión como la que tú me diste a conocer! La gente es rica y complicada pero no pintoresca ni natural. Quiero verte de nuevo, sentir otra vez el sol sobre mi piel. Voy a volver muy pronto.



González se enderezó bruscamente, asustando con su movimiento al vecino. Sintió que las piernas se le aflojaban y que su corazón latía tan fuertemente que todos en la oficina lo escuchaban. Un súbito terror le constreñía el pecho, sentía los ojos cubiertos por un velo. Cuando pudo enfocar de nuevo, lo primero que vio fue el rostro prematuramente ajado de Tinauer, quien lo observaba entre asustado y confundido. Haciendo de tripas corazón, le lanzó una mirada centelleante. Solo logró que dejara caer la mandíbula y que se ajustara las gafas con temblorosos dedos. Pretendiendo entonces una gélida indiferencia, se obligó a continuar leyendo.

Tengo todo bien arreglado: como sabes, gano lo suficiente para trabajar solo la mitad del año. Pero, en tu país, podría vivir dos años con lo que ya he ganado. ¡Mi amor, me quedaré un año entero por lo menos! Llegaré el 3 de marzo a las 4 p.m.

No pudo seguir. El sudor invadía sus ojos y caía a goterones sobre el papel que sostenían sus flácidos dedos. De pronto, un incontrollable espasmo se apoderó de sus manos, y la misiva flotó displícitamente hacia el pasillo. Paralizado por el horror, vio a Tinauer levantarse estrepitosamente para recogerla.

—¡González! ¡Llamada de tu señora en el directo!

## EL TIC

### *4 de abril*

Gonzilo Vargas casi había olvidado su niñez. Le parecía una especie de sueño poblado por bolas grandes y multicolores, papillas, vagos gestos de monos y graznidos de pájaros brillantes. Su adolescencia había sido una sucesión indiferente a los cambios del clima, igualmente monótona bajo el sol y bajo la lluvia. Quizá fue entonces cuando inició el patrón que identificaba con la vida: levantarse a las 6:45, bañarse, desayunar café con pan, salir de casa a las 7:30, entrar al palacio de los escritorios a las 8:00, comprar el diario vespertino de regreso al hogar y dormirse leyéndolo, en un momento deliciosamente imprevisible de la hora comprendida entre las 9:00 y las 10:00 de la noche. Gonzilo no tenía recuerdos o, mejor aún, había hecho del recuerdo una función innecesaria: para revivir el pasado le bastaba con reanudar un nuevo día. Gonzilo no soñaba, y veía cine como leía las noticias internacionales —en un acto de piedad realizado para repetir los movimientos de los demás, para reafirmar la plácida naturaleza de la existencia, esencialmente repetitiva.

Por eso lo turbaba tanto el mórbido tic que se había insinuado pocos días ha en su mente, el fatídico impulso interno que todavía quería negarse a reconocer. Antes de entrar al edificio leyó, como siempre, las noticias en la pizarra electrónica. Saludó como todos los días con el mismo movimiento de cabeza, y marcó su tarjeta verificando la hora con la misma sensación de agrado. Pero al entrar en el ascensor, la horrible imagen se presentó súbitamente. Trató de exorcizarla prestando atención a los chismes matutinos.

—¿Supiste lo de González?

—¿Cuál de todas?

—La gringa que venía todos los días y que siguió llamándolo...

—¿Pero no se trataba de un error?

—¡Qué va...! Si González pasaba escondido en el baño, muer-

to de miedo por si la dejaban entrar. Se atrincheraba en el inodoro y me pedía que inventara algo. Primero, que había salido del país. Pero la gringa preguntó cuándo volvía y siguió insistiendo. Finalmente le dije que era un error: que González no trabajaba aquí...tal vez en otro lugar parecido.

La conserje en jefe del sexto piso miraba con ojos de plato, sus hirsutos cabellos grises parecían estirarse, tratando de escapar sobre las encorvadas espaldas. Haciendo un especial esfuerzo de voluntad, Gonzilo devolvió su atención al diálogo.

—...finalmente le dije que había sido destituido...kaput, se fue, dejó de existir, tenía deudas, no dejó dirección... Pero González todavía pasa buena parte del día en el baño.

No pudo mantenerse atento por más tiempo. Sin poderlo evitar, sintió un irresistible impulso por besar el alambrado cabello de la conserje. En rápida sucesión se imaginó besando los ojos de plato, los callos rojizos de sus manos, los salientes omóplatos y su arrugada frente. El ascensor llegó por fin al sexto piso, poniendo fin a su martirio. Solo tuvo que esperar un momento para salir, con el mismo gesto de siempre, hacia su oficina del séptimo piso.

### *7 de mayo*

Resignado, interiormente atónito, mordiendo las uñas de la mente, había aceptado el impulso hacia el beso como parte del sistema vital. Quiso incorporarlo a su rutina diaria sistematizando su fantasía con la conserje, luego imaginando que cubría de besos los zapatos de Teresita, la secretaria del jefe principal y, finalmente, esperando la hora de partida para lanzar entonces sus labios mentales sobre el pecho de Isabelita, su ayudante. Pero la perversa manía escapaba hábilmente de sus manipulaciones. Se rehusaba a brotar en ocasiones, aunque tratara de forzarla con un empeño bruto de la voluntad, desapareciendo a veces por días enteros. O brotaba inesperadamente, en los momentos más embarazosos, sin respetar edades, posiciones ni consideración estética alguna.

Aunque nadie se diera cuenta, Gonzilo sentía que su ansiedad aumentaba insoportablemente. Pero nada lo preparó para el día en que su maldito tic mental dejó de respetar las diferencias de sexo, y se imaginó besando los alicaídos y grasientos cabellos de Tinauer

en el elevador. Ese mismo día, lavándose las manos, imaginó que besaba los blondos bigotes de Martínez, cuidadosamente reflejados en el espejo. Se secó las manos con meticulosidad, y comprobó con placer que no le temblaban.

Regresó a su escritorio con el medido paso que le era característico, y se sentó con dignidad. Inmediatamente observó que el jefe general se dirigía a su oficina privada, y que miraba fijamente el ventilador azul con insistencia perspicaz y escrutadora. En rápida secuencia, sintió el impulso de besarle la corbata, los botones de la camisa, y su grueso anillo, hecho de vulgar oro rojo. Luego imaginó que le plantaba un húmedo beso en la espalda. Sacudido por un imperceptible espasmo, volvió a su trabajo. Distraídamente, notó que era hora del almuerzo.

Haciendo fila para ingresar a la cafetería, se imaginó besando los ágiles dedos de la cajera, y los ojos soñadores del nuevo conserje, un joven muchacho recién llegado que todo lo hacía con prisa, con un infinito deseo por complacer, deslumbrado por la riqueza y santidad que sentía emanar de todas las cosas, interpretadas como sacrosantos símbolos del poder, desde las sillas giratorias hasta los amplios paneles de vidrio. Se imaginó besando, con los labios fruncidos, la nariz verrugosa y anciana del gerente, los ojillos de Mónica Simian. Pero el clímax aconteció cuando se vio besando las puntas de la camisa de Grosofo Pérez, aceitosas y pensativas sobre la satisfecha curva de su panza. Bruscamente, con un gesto que sorprendió a los vecinos por su inesperado carácter de imprevisible, se separó de la fila, incapaz de continuar la farsa, y se encaminó a su escritorio, como un lobo viejo y azorado que retorna a su cubil después de haber escapado de un incendio en la pradera: chamuscado, inseguro, más allá de la tranquilidad que proporciona el instinto.

### *11 de mayo*

Un aire gris y apesadumbrado descansaba en el ascensor. Las sombrillas y los paraguas plegados destilaban agua en el piso, repitiendo anodinamente la lluvia que caía en la calle.

—¿Supiste lo de Gonzilo Vargas?

—¿Que tuvo que abandonarnos? ¿Que dicen que lo llevaron al hospital? ¡Terrible!

—Sí...¿Pero supiste lo que pasó?

—No los detalles... ¡Pobre Gonzilo! Tan respetuoso, tan fino, tan responsable, con tanto amor por su trabajo, con una dedicación tan ejemplar hacia nuestra institución...

—¡Ay, sí, un caballero! Fino, gentil, un caballero...

—Yo no soy médico, pero...

—Uno nunca sabe... A veces la gente aparenta algo y luego... caras vemos, corazones no sabemos...

—Lo que yo pregunto es si supieron los detalles de lo que pasó...

—¿Y cómo...? Claro que no. Yo trabajo en el segundo piso.

—Pues yo estaba en el baño lavándome los dientes cuando él entró, y fue tal la impresión que me quedé congelado hasta que llegaron los del hospital psiquiátrico...

—¿Cómo...?

—Sí... Figúrense que besaba el espejo, se besaba en el espejo y decía: "¡Así, solo así! ¡Ésta es la solución, la única solución!" Como si no hubiera nadie...

## EL GÜIRI

Habiendo ostentado algún tiempo atrás el aura del poder y habiendo disfrutado en alguna ocasión las mieles del mando, era ahora conocido como "El Gran Güiri", "El Güiri Supremo" o, silvestremente, como "El Güiri". En más de una ocasión, sin embargo, dio muestras de sus cualidades güirescas, aun antes de acaecer el ocaso de su imperio. ¿Cuántos han olvidado, acaso, un diálogo como el siguiente?

—Don Frosco, disculpe la intromisión...

—Ustedes saben que mi oficina está siempre abierta para todos. Mi política siempre ha querido ser una política abierta, un estar dispuesto a ayudar, un tener todo claro, las cartas sobre la mesa. Usted sabe, Tinauer, que no tengo misterios. Yo nada oculto.

—Sí...yo sé...pero...

Cada vez más nervioso, el muchacho limpiaba sus gafas una y otra vez, tratando furiosamente de recordar las palabras que había preparado para la entrevista. Aumentó su ansiedad, y repentinamente se percató con horror de que había olvidado el motivo de su visita. Un penoso silencio se desenrolló como serpiente perezosa y Tinauer dirigió una implorante mirada a don Frosco López. Bondadosamente, el güirioso jefe esbozó una sonrisa comprensiva.

—Sabe usted, Tinauer, sospecho que algo lo atormenta. Si está de mi parte, yo lo ayudaré. Pero nunca olvide que la mayor satisfacción de un trabajador es llevar a cabo su labor a conciencia, y que su mejor galardón es un trabajo bien hecho. Usted es un buen muchacho, Tinauer. Siga así, cada vez más dedicado.

En un grado máximo de confusión, el subalterno podía únicamente asentir con vigorosos movimientos de cabeza.

—Hoy día los jóvenes ya no trabajan por amor... La dedicación, la lealtad que tantos sentimos antes por la institución, brilla por su ausencia. Antes, los que estudiábamos hacíamos grandes sacrificios.

A veces los jefes, envidiosos, nos ponían trabajo adrede, para que perdiéramos exámenes o para que no pudiéramos asistir a las lecciones importantes.

Don Frosco se reclinó, haciendo una capilla con los dedos.

—¡Ah, y vea usted, Tinauer, que no nos pagaban horas extra en aquel tiempo!

Éste se enderezó bruscamente, habiendo recordado el motivo central de su visita, en un relámpago que motivaron las palabras de López.

—¡Don Frosco, don Frosco...perdone que lo interrumpa! Pero usted sabe que yo tampoco cobro tiempo extra, como las veces que he tenido que venir fines de semana...

El Güiri abrió la boca con aprobatorio gesto, pero Tinauer se le abalanzó con un torrente de palabras, antes de que pudiera acompañar su aprobación gestual con otra verbal.

—Lo cierto es que me parece bajo mi puesto... O mejor dicho mi salario... si se reclasificara el puesto... yo creo que usted tal vez pueda hacer algo... hablar con Administrativo...

Los nublados espejuelos del subalterno dejaron traslucir una mirada tímidamente esperanzada. El Güiri dirigió los ojos al techo frunciendo el entrecejo, como si calculase, meditabundo, la mejor forma de llevar a cabo una empresa factible. Después los bajó para mirar de frente a su interlocutor, con especulativa sinceridad.

—No solo por usted, Tinauer, no solo por usted... Comprenda que mi responsabilidad los abarca a todos, a todos los integrantes del equipo que constituye esta oficina. Veré lo que puedo hacer en Administrativo... aunque claro, esto no depende solamente de mí, y la tarea de abogar por todos ustedes no será fácil. Pero recuerde siempre que cuando el trabajo se hace bien hecho, lo demás llega por sí solo... categorías, salarios... son consecuencias.

—Don Frosco, llevo ya cinco años en ese puesto sin recibir un solo ascenso...

—Lo recibirá, Tinauer, despreocúpese, lo recibirá... Mientras tanto, yo haré lo que pueda.

Y levantando los brazos como alas de negro y pesado plumaje, don Güiri dio por terminada la entrevista. ¿Cuántas conversaciones, similares a la anterior, se llevaron a cabo en la oficina de amarillo alfombrado? ¿Cuántas recomendaciones de paciencia, cuántas alabanzas a la espera? Cual benévolo patriarca, el Gran Güiri conducía

su rebaño reservándose para sí solo el esotérico conocimiento que pudiera haber pesado moleestamente sobre los hombros de su grey. Considerado, nunca las molestó para consultar la toma de alguna decisión. Mansas y tranquilas, no hubieran sabido qué hacer en ausencia de su pastor.

Largo tiempo había permanecido como único sapiente en el campo cabalístico del Análisis Maquinístico Abstruso. De su área salían, mágicamente, los misteriosos reportes de salarios, los procesamientos de análisis cuantitativos, las ayudas sorprendentes a los magos de la economía planificativa. Oculto había ejercido su dominio, habiéndose mantenido, astutamente, al margen de las más violentas luchas por el poder, midiendo y utilizando sabiamente su fuerza política, consolidándose mediante subordinados inmediatos débiles o ignorantes pero en todo caso incondicionales y carentes de imaginación. Poco importante, nunca atrajo la furia expiatoria ni provocó la glotonería de los potentísimos. Sin competencia, veladamente indispensable y bien colocado, pudo, sin embargo, asegurarse una buena tajada de pastel sin que nadie se la hubiera disputado y sin haber antagonizado a ningún par.

### *octubre*

Suávida Murmurio contempló benignamente la mosca que caminaba sobre su escritorio. Luego la espantó con un delicado movimiento de la mano. Unica graduada en Maquinismo Funcional, su pericia técnica tenía el respaldo teórico del que carecían todos los otros habitantes del reino güiril. Atento al peligro, don Frosco se encargó de neutralizar cuanto antes a la recién llegada.

—¡Suávida!

—¿Señor?

—Maquínice este informe.

—Sí señor.

.  
. .  
.

—¡Suávida!

—¿Señor?

—Quiero un informe de todos los libros que tenemos sin utilizar.



—Sí señor.

—Y, Suávida...

—¿Señor?

—Yo también trabajaré hasta tarde hoy, así que probablemente pueda encaminarla a casa.

—Gracias, señor, pero yo puedo irme sola. No se preocupe.

De esta manera pasó el tiempo Suávida, sepultada bajo montañas de maquinizaciones menores que en lugar de aclararle el panorama del funcionamiento global de la oficina, se lo oscurecían soporíferamente. Cuando no estaba así ocupada, tenía que ingeniárselas para escapar de la mirada cortésmente lasciva que don Frosco le dirigía con oblicua persistencia. Finalmente comprendió la nulificación progresiva que la esperaba si escogía permanecer bajo el güiresco dominio, y aceptó una propuesta de traslado. Típicamente, don Frosco recibió la noticia con hosca reticencia.

—Suávida, recién viene a ayudarnos, y buena falta que nos hacía... ¿Cómo pretende irse ahora? No creo que sea conveniente, ni para usted ni para nosotros. Piénselo mejor, medite...creo que llegará a la conclusión correcta, a la decisión de quedarse...

Suávida había encontrado, hacía tiempo, la única forma de contrarrestar exitosamente la retórica güiril: una mirada de resignación obcecada, envuelta en el más persistente de los mutismos.

—¿Está entonces decidida a irse...? Bueno, la verdad, yo no puedo obligarla... eso sí, el reglamento interno, artículo 17, inciso 4, me obliga a exigirle una carta... usted comprende... es necesario dejar constancia del motivo de su traslado... diremos que no tiene usted ya interés alguno por el maquinismo funcional... que ahora sus intereses yacen en otra área muy diferente... una pura formalidad...

—¿Dónde firmo?

Y Suávida se retiró, dejando el reino del Güiri en su silvestre estado original, intacto, contento como una iguana al sol.

### *diciembre*

Entre todos sus subalternos, ninguno le había servido tan fielmente ni tan bien como Mónica Simian, acólita imperturbable y completamente dócil, sombra de su sombra, eco de su voz. Don Frosco había nombrado segunda de a bordo a esta mujer enjuta y pequeña, tanto por su incapacidad de pensar más allá del detalle

específico como por su incondicional adhesión. Comedida, cortés y piadosa, habiendo entendido la razón de su existencia en función de la lealtad debida a su institución, nunca pudo concebir el auténtico tamaño del mundo, ni siquiera las dimensiones verdaderas de su edificio, que tenía a sus ojos amorosos una dilatada extensión planetaria. Toda labor que tocaban sus manos quedaba instantáneamente reducida a una inextricable maraña de detalles, confusos algunos, luminosos los otros, y las más de las veces, simplemente triviales. La consolidación silvestre en el reino del Güiri se llevó a cabo con la inestimable ayuda que prestó la atomización funcional, marca distintiva del quehacer de Mónica Simian.

Apacible y quieta transcurrió la existencia en las comarcas güiriles hasta la llegada de Pedro Reboznil, quien volviera de la metrópoli con el apetito multiplicado y la voracidad de la ambición rutilante de lentejuelas, profunda como la inconciencia. En el lejano Imperio, en la gran ciudad de Ob, sueño de todos los aspirantes a la grandeza y la potencia, había adquirido Reboznil un místico contacto con las funciones maquinísticas, y se consideraba con derecho divino a reemplazar al Güiri en sus funciones y a obiar magníficamente todos los problemas de su oficina. Tosco, gordo, de voz aflautada, fuerte, chillona, irrumpió con risotadas, husmeó, vilipendió con mal fingido disimulo, se burló del carácter agreste y provincial que distinguía el ambiente creado por el Güiri y, finalmente, reclutó para sí la adhesión de Grosofo Pérez, quien rebullía presa de sorda cólera, de envidia despreciante, bajo las manos multiplicadoras de la número dos.

Con el oculto respaldo de un potentísimo, Reboznil puso de manifiesto las incapacidades y limitaciones de Mónica Simian. Estrepitoso denunció la arbitrariedad güiril, y propuso el traslado de la Simian, el ascenso de Grosofo. Con vertiginosa rapidez se dio la transformación, y el Güiri acertó únicamente a mantenerse en la jefatura, como un equilibrista improvisado que de pronto descubre la realidad de su cuerda. Grosofo propaló con típica bestialidad la incompetencia técnica del Güiri, y asumió con autoritario gesto y prepotente apetito la conducción real: subjefe "de iure", pero jefe "de facto". Debido a las aviesas trampas del destino, Reboznil propuso la elevación de la oficina a rango departamental, pero no pudo colocarse como su director. Otro llegó, cursando las palpitantes redes del poder, y el Güiri vio su situación pasar de precaria a desesperada. Goloso y relamiente, Grosofo contemplaba su alfombrada oficina.

Más discreto, Blondo Martínez también la contemplaba, con lujuria bajo sus ojos entornados. Incluso Suávida la tímida sintió que se le despertaba el apetito, y solicitó campo para participar en la danza.

—Lo siento, señorita Murmurio. Pero en esta carta hace usted constar que no tiene ya interés alguno por el maquinismo funcional... ¿cómo pretende concursar ahora...? Me temo que es imposible...

### *enero*

—Me parece, Gómez, que Pérez necesita un contrapeso. Y una ambición tan excesiva como la de Martínez no es conveniente. ¿Por qué no se coloca en fila para sustituirme? Yo casi me voy ya. Poco duraré aquí... unos días, tal vez...

Grosofo y Blondo seguían esperando, con la paciencia del gato ante el agujero en la pared.

### *febrero*

—Yo considero, González, que incluso usted tiene más méritos que Pérez para sustituirme cuando yo me vaya...

El gesto de González era de aburrido escepticismo.

—Porque Martínez es excesivamente ambicioso. Y, en fin... si yo le brindo mi apoyo...

### *marzo*

Don Frosco se inclinó, con un gesto benévolamente confidencial.

—Véalo así, Tinauer: Pérez necesita un contrapeso. Yo ya me voy. Martínez es demasiado ambicioso. ¿Por qué no intenta luchar porque lo tomen en serio para el concurso? Con sus años de experiencia, su dedicación... Yo le daré todo mi apoyo.

—P...pero... ¿Se va usted, don Frosco?

—Sí, me voy, y muy pronto. Potentísimos ajenos a esta institución solicitan mi ayuda y yo me voy. De por sí, aquí ya no me queda lugar. El desagradecimiento cunde, Tinauer, como el pánico en un gallinero invadido por una comadreja...

## ENFRENTAMIENTO

### I.

Grosofo Pérez contemplaba, atormentado y abstraído, los blancos cuellos y las lucientes corbatas que se acomodaban almidonadamente en el espacio del elevador. Técnicamente competente, su sensibilidad social era, sin embargo, escuálida, por no decir inexistente. Trataba de compensar sus torpes movimientos (la camisa que perversa y persistente insistía en escaparse por encima del cinturón) aterrorizando a sus subalternos con estentóreos gritos o contemplándolos sombríamente, inclinados sobre los escritorios, vagamente conscientes de su satisfacción de capataz romano.

Pero en estos últimos días había tenido una débil percepción, la intuición molesta de que la última reunión en la oficina del Gran Jefe había sido convocada principalmente por él. Incluso su poco perceptivo cerebro había registrado la incongruencia de una charla sobre olores corporales, y sobre los problemas laborales generados por la halitosis en el ámbito moderno de los circuitos digitales. Sus ojos, pequeños y suspicaces, eran por lo general ciegos ante manifestaciones sutiles de la sorna. No obstante, en esa ocasión pudo captar miradas de conspirador y sonrisas enigmáticas.

Más que todo lo anterior, le molestaba el choque inevitable con Blondo Martínez, quien rehusaba someterse a su imperio e incluso había osado desobedecer una orden suya en público. Blondo lo hacía sentirse inseguro, pero le preocupaba más la posible amenaza que tal actitud representaba para su ambición primitiva, tosca, con la potencia oscura de un río ciego y subterráneo. El sabor del poder lo sentía fuerte, grasoso, no muy diferente del potente hedor de la carroña de un elefante, despedazada en la planicie por los buitres. No distinguía en la lucha por el poder nada fino ni sutil, ningún juego de esperas o de golpes audaces pero solapados. No el enfrentamiento del ajedrez, sino la bronca de la lucha libre. Por eso le temía

a Martínez, algo sospechaba en él que no acertaba a comprender, algo resbaladizo e inidentificable, un destellar difuso más allá de la sonrisa irónica. Y hoy, quizá hoy mismo, se daría el enfrentamiento final.

## II.

—¡David! ¡Daviiiiiiiiid!

Los músculos del cuello se le distendieron, y Grosofo adquirió por un momento el concentrado aspecto de un sapo cantor. Sus pensamientos matutinos lo habían puesto de mal humor, y resintió especialmente el gesto de disgusto que creyó distinguir en sus compañeros de ascensor. El tener que admitir que quizá despedía un olor desagradable a los demás, lo enfurecía.

—¡Daaaaaviiiiiiiiid!

Un muchacho regordete y azorado apareció en la puerta de su oficina, levemente tembloroso, recién acomodándose la corbata.

—¿Qué tanto me ves, David? Pudiste haber prestado igual atención a tu trabajo. Francamente, este error es demasiado estúpido.

—¡No, Grosofo, señor Grosofo, si yo no le veo nada...!

Pero la expresión de angustiado disgusto le persistía en el rostro a David, y había comenzado a sudarle la frente.

—¿Cuál es el erro...? ¡Seguramente puede arreglarse!

—¡Seguramente puede arreglarse, seguramente puede arreglarse! ¡Incompetente! Cualquier cosa puede arreglarse. Pero este error se debe corregir inmediatamente.

—¡Sí, claro, claro que sí...!

Antes de salir de la oficina volvió la vista, como si quisiera añadir algo. Luego bajó los ojos y salió apresuradamente, aunque Grosofo creyó verle una sonrisa socarrona al bajar la mirada.

—¡Juanita! Llámeme a Gómez. Y dígame que traiga el reporte del P-042-A51.

Por un momento disfrutó el placer de tener un intercomunicador electrónico en su oficina, casi tanto como lo había disfrutado las primeras semanas de sub Jefatura. Luego recordó las reducidas dimensiones de su sillón para visitas, y el deslucido cenicero de peltre. No le dolería tanto, si no tuviera que compararlos con los recursos

en la oficina del jefe: el juego forrado de damasco, la alfombra de pared a pared, los delicados ceniceros de porcelana blanca.

Gómez apareció repentinamente, interrumpiendo sus reflexiones. Se detuvo en la puerta, con un gesto entre atónito e indeciso. Lo miraba con expresión curiosa, muy poco típica en él, cuyo rostro bovino era proverbial en la oficina por una mirada preñada de estulticia, casi lánguida en su indiferencia.

—¿Qué le pasa, Gómez? No se quede parado como un imbécil. Muéstreme el reporte que le pedí. ¿O acaso se le olvidó?

—No, no, señor Pérez. Aquí lo traigo.

—¿Trajo también el cronograma?

—No señor, usted...

—¡Juanitaaaaaaaaaaaa!

—¿Señor?

—¿No le informó a Gómez del cronograma?

—¿Cuál cronograma, don Grosofo?

—¡Dios mío! Estoy rodeado de ineptos.

—Usted no me instruyó sobre ningún cronograma. Y estoy segura de esto, porque desde la vez pasada lo apunto todo.

Bruscamente, Grosofo desconectó el intercomunicador, molesto por el tono indignado y resentido de la secretaria, pero aún más por la mal disfrazada rabia que traslucía su voz.

—Gómez, regrese por ese cronograma.

—Sí señor.

Por un momento le pareció percibir un burlón esbozo de sonrisa en los labios de Gómez. Pero eso era imposible. Alguien tan lento debería ser incapaz de concebir tal insolencia, tan incapaz como Blondo era temerario. Con todo, sintió que su cólera aumentaba progresivamente.

—Aquí está, don Grosofo.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmm... Para variar, tiene dos... casi tres semanas de atraso.

—No es mi culpa...creo que es más difícil de lo que se planeó...

—¿Está enseñándome planificación?

—No señor...

—Entonces su atraso es imperdonable. Gómez, no estoy dispuesto a tolerar más deficiencias. Tiene exactamente cinco semanas para terminar el trabajo.

Gómez salió con su parsimonia habitual, rascándose la barriga displicentemente. Y con la irritante sombra de una sonrisa en los labios.

### III.

Blondo Martínez alisó sus rubios bigotes, satisfecho por el orden impecable de su corbata, complacido por el brillo uniforme y discreto de su juego de bolígrafos. Pausadamente contempló sus bien parecidas facciones, y se auguró por centésima vez ese día un brillante futuro.

Una piedra, una sola roca, fofa y enorme, llenaba de sombra su camino hacia el éxito. Debía ser cuidadoso al tratar con Grosofo. Aunque despreciaba su torpeza, no le negaba la fuerza bruta que un matador niega al toro de lidia solo con riesgo de su vida. Al igual que un consumado torero, sabía que el secreto de su victoria estribaría en un delicado balance, en un triunfo de la astucia y la sutileza, pues solamente la finura y la diplomacia serían capaces de desconcertar a su enemigo. Pero se consideraba un maestro del capote, tenía a su servicio los mejores banderilleros, los hombres que irritaban sin ser explícitos, que insinuaban sin comprometerse.

Esta tarde sería definitiva, lo sentía en la sangre. Y ya tenía preparado el pase de capa. En primer lugar, escogería el ruedo. Como no iba a usar el estoque todavía, no era conveniente la oficina del Gran Jefe. Lo ideal sería el apestoso cubil de Grosofo, donde éste podría interpretar el suceso como un triunfo o, mejor aún, como una muestra de debilidad, como una rendición de su parte. Esto, por supuesto, lo favorecía a mediano plazo. Después de revisarse el cabello cuidadosamente, salió del baño.

—¡Juanita, mi amor! ¿Cómo le va, corazón?

—Bien, Blondito. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Vea a ver si el señor Pérez puede recibirme.

—Un momento, por favor... Don Grosofo, que dice el señor Blondo Martínez si puede usted recibirlo...sí señor...sí...lo recordaré, don Grosofo.

Haciendo un gesto de disgusto, desconectó el aparato.

—Que pase usted.

Blondo le guiñó un ojo conspiratoriamente y se dirigió a la sub-jefatura.

—Buenas tardes, Grosofo.

—Buenas tardes, Blondo. ¿Qué quiere?

—Es sobre la sustitución para la jefatura... en realidad, al decir esto hablo no solo por mí, sino también en nombre de todos los compañeros... Nos parece que usted es el más indicado, por su experiencia, por sus conocimientos. Y si a usted le place, yo podría ayudarlo desde la subjefatura.

Por un instante, Grosofo se sintió como el toro que se ha lanzado contra un muro rojo y encuentra en su lugar únicamente aire, la frustrante sensación del impulso desperdiciado. Su confusión aumentaba por momentos, en el incómodo silencio que siguió al sorprendente ofrecimiento de Martínez. De pronto, éste se levantó, suave y elegante.

—Bueno, Grosofo. Tengo algunas cosas por hacer. Piénselo usted. Yo sé que adoptará la decisión más sabia.

Se le quedó viendo a la cara especulativamente antes de salir, y Grosofo creyó detectar por un momento el gesto insolente y burlón que tanto había llegado a detestar. Pero después sintió tan solo la deliciosa sensación del triunfo, y quiso poder lanzar al aire un salvaje alarido de victoria. En su lugar, se levantó pesadamente para ir al baño.

Al entrar, consideró ir directamente al orinal, pero lo pensó mejor y se encaminó al espejo, con la intención de acicalar al vencedor. Sacó el peine del bolsillo, y se detuvo de pronto, paralizado por el horror. Su imagen le devolvía la mirada, un rictus de espanto en la boca, y un moco verdinegro, ya casi seco, en la parte inferior derecha de la mejilla.





## LA CULTURE

Petronilo Dubois amaneció ese día en éxtasis. Cada acto le parecía liviano y encantado. Ponerse la corbata fue un juego de colores, el tránsito hacia el trabajo una jornada por el país de las maravillas. El tiempo que lo separaba del momento lumínico no lo sumía en ansiosa depresión, sino que estimulaba su apetito y fragmentaba su imaginación.

Llegado al reloj marcador se preguntó qué sería más delicioso, si la promesa de la espera o la consumación de la realidad. Subiendo las escaleras aspiró el añejo olor a humo de tabaco, y su recuerdo lo remitió al acolchado interior de los aeroplanos.

Dadivoso, le regaló una amplia sonrisa a la secretaria y, filosófico, reflexionó sobre la similitud entre el azul del ventilador y el salado azul de una mañana en la playa. Especialmente cortés saludó a sus superiores, y tuvo alguna palabra adusta pero benévola para el conserje. En un raro impulso de productividad terminó tres informes atrasados y preparó el memorando de actividades por realizar para el jefe. Complacido consigo mismo y en paz con el mundo, agradeció por milésima vez la inmensa felicidad de estar vivo, el privilegio de poder ser testigo del cambio, de poder presenciar el movimiento, de verificar la marcha en las agujas del reloj.

El tiempo fluyó sobre sus hombros como azulada sombra, sintió que el mundo era amplio en su interior, que tenía espacio para descansar y reclinarse en donde el exterior no podía tocarlo. Compasivo y lleno de comprensión observaba a quienes no compartían su privilegio, a los exiliados del éxtasis, a los Pérez y a los González, a los carentes de las sonoras sílabas encerradas en el apellido Dubois, a los desconocedores de las místicas resonancias que recurrían en el nombre de Frufrú.

Como efímera de transparentes alas, el día llegó a su fin, y casi sin percatarse, Petronilo se encontró de pie ante el reloj marcador,

ni martirizado por la impaciencia ni aplastado por el aburrimiento. Maravillado contempló por un instante las suaves astillas de sol en los ventanales, y el ruido del tránsito le pareció por un momento como la disonante música en las mareas del futuro.

Erguido, con elástico paso, se dirigió a la sala de exposiciones, en donde habría de encontrarse con la divina, con la incomparable Isabel Frufrú. Tanta dicha todavía le parecía mentira: ¡que ella se fijara en él, en un empleado de anodino salario, en alguien que solo de lejos podía aspirar los perfumes culturales, la música aleteante de bien torneadas poesías! ¡Que alguien tan delicada lo creyese digno de contemplar pintura francesa y lo invitara a cenar! No salía de su asombro. Cierto, ya por mucho tiempo la había adorado en silencio, atento compañero en Historia del Arte. Se había afanado por ser caballeroso hasta la pulcritud, solícito sin ser meloso, comedido sin estorbar. Sin hacer ostentación la había invitado más de una vez a merendar croissants con té, y la había sorprendido en alguna ocasión con un destello de discreta inteligencia. ¡Pero esto! ¡Tanto honor! Cenar con ella, tener el privilegio de conocer a sus padres... Quizá el inicio de un sueño que todavía parecía imposible.

La galería rebullía como culto y melífero panal. Altos cuellos blancos desfilaban con reposada arrogancia, contrastando elegantemente con cada pulóver londinense que transitaba pleno de estudiada negligencia. El casimir de trabajo se sentía allí apocado y confuso. Diligentemente, Petronilo quiso aplicar sus conocimientos teóricos a la obra del galo pintor, pero se sentía cada vez más disconforme con su poco desenfadada apariencia, con su falta de refinado descuido.

De pronto la vio, y los latidos de su corazón casi logran opacar la voz isabelina, levemente teñida de francesas esencias, salpicadas con erres sutilmente uvulares, con saltarinas inflexiones. Dubois se sintió transportado a los Campos Elíseos cuando ella le dirigió su sonrisa de afiche, sazónada con un movimiento de cabellos que sugería brisas mentoladas. De ese momento en adelante, su tiempo transcurrió confuso, amontonado como las líneas y colores de los lienzos que contemplaba. Lo más que pudo hacer fue, de vez en cuando, registrar algún comentario profundo pero vocinglero: "Sí... pintura figurativa, de gran impacto colectivo... de hondo contenido poético..."

Sin saber cómo, se encontró de pronto en la calle, camino de

la morada en donde por años habían habitado generaciones enteras de Frufrús. Súbitamente, se percató de que sostenía en una de sus manos la vivaz manita izquierda de Isabel. Con este descubrimiento descendió sobre su cabeza una nube intensa, roja y caliente, que por un instante amenazó con hacerle perder el sentido. "¡La felicidad es peligrosa!", pensó para sí mismo. Con el rabo de un ojo percibió a Rutinito Scualpis, quien transitaba por la acera opuesta con una mal disimulada expresión de mofa en el rostro. Rutinito pertenecía a la turba de advenedizos que idolatraba la pujanza imperial, todo cuanto provenía de la Metrópoli de Ob. Como tal, sentía un leve desprecio por aquéllos que se aferraban al culto de civilizaciones más aristocráticas, más antiguas, más delicadas. Dubois sabía que Scualpis había obtenido lo que constituía, en la mente de su nefando y vulgar grupo, el más preciado bien: un viaje a la Metrópoli, una residencia (aunque fuera temporal) en la Sublime Ciudad de Ob. Con todo, Petronilo sospechaba que su buena fortuna era objeto de envidia, pues los obianos mismos mantenían una especie de subterránea adoración añorante por la sofisticación inmarcesible de la verdadera aristocracia, que no depende del dinero plebeyo.

Así entretenido por sus meditaciones, respondiendo de vez en cuando con sentidos monosílabos a las cristalinas y revoloteantes observaciones de Isabel, caminó (o más bien dicho flotó) hasta llegar al vetusto caserón en donde cenaría esa noche, y en donde nunca se atrevió a soñar siquiera con entrar.

Una vez adentro, lo sorprendieron las sombras, las alargadas formas negras que oscilaban en la pared detrás de pintorescas candelijas, finamente labradas con motivos apropiadamente decimonónicos. La vulgaridad de lo eléctrico no parecía tener cabida en esta casa, e incluso la mesa, pequeña pero contundente bajo su pulcro mantel de lino blanco, estaba alumbrada por un antiguo candelabro, no por groseras bombillas.

—¡Acomódese, Dubois! Ne c'est pas? —dijo el señor Frufrú, dirigiendo una mirada inquisitiva hacia su hija.

—¡Sí, sí, siéntese, Petronilo! Tendremos tiempo de charlar mientras comemos, y otro poco después, cuando hagamos la sobremesa.

Petronilo no recordaba haber sido presentado, todo le parecía un sueño, y su desconcierto crecía. Sentado frente a Isabel, a la izquierda de don Lelondo Frufrú, quiso aclarar su mente entornan-

do los ojos modestamente, examinando el arreglo de los vasos, los platos, los cubiertos... ¡Los cubiertos! Sintió que la ansiedad lo devoraba, al comprobar su multiforme variedad: cuchillos grandes y de punta redondeada, medianos y agudos, aserrados y lisos; tenedores de tres y cuatro dientes, de diferentes tamaños; cucharas, cucharillas, cucharones. Con manos temblorosas intentó servirse un vaso de agua, mientras su mente registraba, vagamente, que Isabel decía "C'est la vie, c'est la vie!". Tratando de prestar una atención más cortés, levantó la vista, y ensayó una sonrisa que le pareció fruncida y bobalicona. Quiso controlar sus músculos faciales, pero en ese preciso momento se percató de que su vaso rebosaba, y presa del horror retiró la garrafa de agua, con tan mala suerte que la depositó justo encima del picadillo de papa que casi simultáneamente había corrido Isabel en su dirección. Presa de la humillación, sintió que los ojos le ardían, pero su martirio no cesó aquí: casi desconectado, notó que la ingle se le entibiaba, y que la parte interior de los muslos se le humedecía progresivamente.

## II

# COLMILLOS CONFIDENCIALES



## AUTOBIOGRAFÍA II

Yo, Johann Wolfgang von Goethe, dejo constancia de la naturaleza cíclica de la mente. Este paso es extraño, y quizá por eso no acierto a despertar del todo. La vida, como la lengua, "es una forma, no una sustancia". Se me han de perdonar las citas, porque escribo sobre lo que deviene, no sobre lo que devengo.

¿Quién habrá de reconocerme ahora, aquí...? ¿Es ésta la explicación de esa soledad melancólica y fantasiosa que caracterizó la primera parte de mi vida? Otra vez han volado como fantasmas los que me conocían, pero me han conocido otros que todavía no sé si serán los mismos.

¿Es que he de repetir la misma ronda? ¿Volveré a vivir lo que recuerdo? Tendré que describir —para quienes entiendan— cómo se existe en varias partes y varios tiempos a la vez. Es posible que así burle la consistencia circular de la materia.

### **I. Caperucita Roja**

Y azul, y verde, y de un amarillo intenso como las flores de Van Gogh. Los colores entonces eran igualmente vivaces, pero existía cierta limitación ambiental, el aire era quizá un tanto más tibio e inofensivo. Aquí la naturaleza desgarrar y ni siquiera mi instrumento oscuro y centelleante es garantía absoluta.

Caperucita inició de nuevo su recorrido habitual hacia la muerte, llena de confites y pensamientos malos. Lo que hoy no acierto a explicarme es por qué entonces esa culebra gris y torpe, intermedia parcial del ambiente, me brutalizaba e insensibilizaba sin que yo pudiera evitarlo, mediocrizaba mis acciones y —aún peor— mis percepciones. ¿Por qué era tan débil y tan contrito, por qué tan inseguro y tan tonto, tan sencillamente tonto, así, en el sentido vulgar de comprender mal las cosas y verlas como a través de una confusa



niebla? La pregunta en sí no tiene sentido, pero hoy soy fuerte y magnánimo, persigo el Bien con determinado paso y mi mente es clara e incisiva. Caperucita, pues, iba de compras.

En el supermercado los cochecitos corrían silenciosos y todo estaba dispuesto en anaqueles, brillante y tentador. ¿Cuándo podré abarcar el infinito? Sé la respuesta, pero actúo como un niño: extendiendo las manos codiciosas procurando poseerlo en toda su diversidad y se me multiplica, se reproduce incesante, miles de cintillas y balines de colores proyectan líneas que prefiguran el origen perenne del universo y su disolución.

Caperucita empuja su carrito con detenimiento y mira lo que le interesa únicamente. Concentrada, se muerde el labio inferior y a veces se limpiasopla la nariz con pañuelos de papel amarillo.

De antemano lo digo: no sé si el supermercado sea el símbolo de la vida. ¿Quién negará que es la vida, que está en la vida, que representa los intereses y las codicias del hombre? No hay necesidad, pues, de hacer alegorías. Vuelvo a repetirlo porque ya una vez me sucedió una desgracia.

No sé quién es Caperucita, pero esta tarde no lleva un bonete rojo, ni trencitas doradas, ni una canasta de mimbre, ni camina a saltitos triscando. Se mueve con elegancia sobre unas piernas largas y de magnífica forma (usa minifalda, por eso lo digo). Lleva un breve traje azul de cuello rojo con anchas solapas. Delgado cinturón blanco. El cabello lo lleva atrás en un moño muy sobrio (abundante pelo castaño). En lugar de cesta, empuja un cochecito, como ya dije antes.

Siento no poder contarles el cuento tradicional, pero la escena cambia a cada instante y yo no tengo autoridad sino para narrar lo que he vivido (este es un viejo defecto mío).

CAPERUCITA :

*¿Has visto pasar a Ishmukané?*

*Arbol enano con ramas retorcidas:*

*¿Quién es Ishmukané, gentil doncella?*

CAPERUCITA:

*Mi abuela, imbécil.*

ARBOL ENANO CON RAMAS RETORCIDAS:

*Delicada ninfa del bosque, debe ser un hada tu abuela, un jirón de viento perfumado, un no sé qué de suspirado aliento. Debe ser la imagen de las fuentes, el espejo de nubes y recuerdos, la brisa primaveral y las nevadas tibias. Es, sin duda, la fuerza de las flores ocultas, de campánulas tímidas, azules y amarillas. Si tú eres su nieta, gentil doncella, debe ser la belleza de las tranquilas ondas...*

CAPERUCITA:

*Tate, tate, caballero, no seáis gramófono descosido. Después de todo, la pregunta que os hice es muy sencilla. Si no habéis visto a la Dos Veces Abuela, simplemente decid "no".*

ARBOL ENANO CON RAMAS RETORCIDAS:

*No... podría decir lo que no me consta. ¿Quién demonios es esa dos veces abuela? Si ése es el caso, debe ser vieja y arrugada, y no me interesa por lo tanto.*

CAPERUCITA:

*¡Insolente baba! No tendrías noción de ser si ella no te hubiera sacado de la nada.*

ARBOL ENANO CON RAMAS RETORCIDAS:

*Yo soy, entonces, la justificación de su existencia. Razón de más para no devolverte la pregunta.*

CAPERUCITA:

*No importa. Me tiene sin cuidado lo que digas o no quieras decirme. Sé lo que deseabas en tu libidinoso corazón, pero no tienes piernas para alcanzarme y tus pensamientos son tan contrahechos como tus ramas.*

ARBOL ENANO CON RAMAS RETORCIDAS:

*Que carguen contigo todos los señores de Xibalbá y te pierdas mil veces en la encrucijada de colores.*

CAPERUCITA: (haciendo muecas y sacando la lengua):

*No me bendigas, arbolito de Palas Atenea. Que todo te salga a la medida de tu elegante forma.*

Cerca del Rostro del Bosque, ya el aire se torna denso y fluido. Los bordes de todas las cosas se diluyen y nada se recorta nítidamente. Una sola masa, múltiple y cambiante, parece llenar el campo

de los sentidos. Lo verde fluye retorcido y alerta. En el Rostro del Bosque se elevan las copas como llamas airadas, como el cabello espeso del Corazón del Bosque.

#### CANCIÓN DE CAPERUCITA:

*Todos los caminos llevan  
y todos los senderos traen.  
Voy a la tierra del sueño en manantiales del aire.  
Ráfagas frías de otoño  
devuelven mis calaveras,  
las hojas dibujan hojas y vaticinan presagios.  
Los campos de adormideras  
quedaron detrás del río,  
los crucé como a los mares entre las flores perdida.  
¿Vas a decirme que vengo  
desprovista de peligros,  
desnuda de vaticinios, ignorante de la muerte?  
¿Ignoras que se arrepienten  
quienes no desean verte  
y que yo vengo consciente a despreciarte mi suerte?  
Cada año lo repito,  
cada ciclo estoy de frente.  
Vuelvo a morir cada vez sin escapar de mi mente.*

#### CANCIÓN DEL ROSTRO DEL BOSQUE

*¡Qué desprovisto viene, qué desprovisto!  
Sobre el montón del aire, sobre los riscos.  
¡Qué silencioso viene, qué basilisco!  
La luna derrama sangre,  
la tierra ruge y se encrespa.  
A borbotones se viene,  
amontonado y redondo.  
¡Qué desprovisto viene, qué desprovisto!*

El lobo es una montaña de regular tamaño, está cubierto de vegetación hirsuta, amalgamado con la tierra. Las orejas –cumbres de monte– se desdibujan irregulares y disparejas. Tortuosamente baja desde ellas el plano que forma la frente y las cuencas de los ojos, y que deviene finalmente en hocico puntiagudo y sonriente que se extiende casi cocodrilesco hasta llegar a los lindes del bosque. Un camino áspero y solitario, pero no exento de belleza, conduce hasta la comisura de los labios (de donde puede subirse a donde uno quiera), y se bifurca formando otro sendero que lleva a la parte posterior de la cabeza. La cabaña del leñador queda a cuatrocientos treinta y un años luz de distancia, en la perdida tierra que preside –sabio y contundente– el Mago de Oz. En cuanto a la casa de la abuelita, solamente unos tablones medio podridos permanecen desparramados sobre la testa irregular lupesca.

CAPERUCITA:

*¡Qué dientes maravillosos tienes, lobo estepario y magnífico, qué formidables misterios esconden tus escondrijos! ¡Qué fauces encantadoras extiendes a la campiña, qué suaves y qué distintas, llenas de árboles limpios y recelosos, hermosos para los duendes y los silfos! Helechos hay en tu rostro, orquídeas y campanitas, claveles, crisantemos, eucaliptos, cipreses. Qué fresca y tranquila corre el agua sobre tu lengua...*

DESDE LO PROFUNDO DE LA MONTAÑA LUPIFORME  
UNA VOZ CAVERNOSA

(oscuro fuego parece haberse encendido de pronto en las cuencas de ojos brillantes, omnividentes y terribles):

*De ninguna puedes irte, a nadie puedes llegar. Te llevan a encrucijadas malditas que debieras conocer: negro, blanco, rojo, amarillo, o verde. ¿Quieres que te lleve, hijita, a ver a Hun Kamé? ¿Quieres que te lleve al Señor Wukub Kamé?*

CAPERUCITA: (un tanto inquieta y con la voz temblorosa):

*No me recuerdas al lobo generoso, al dispensador de la muerte limpia, al justo, al señor de la pradera, al símbolo de la tierra virgen, generosa y salvaje...*

VOZ:

¡Ay, bestiecita! ¿No reconoces todavía a tu abuelita?

Procedo a contar ahora la venganza de Caperucita, y cómo prosiguió, hasta lograrla en nombre de su amante y el suyo propio, con el ardor que puso Diana de Monsoreau en vengar al señor de Bussy. Lo primero que hizo, claro está, fue acechar a Ishkik cuando ésta iba por leña, asesinarla a traición y luego transformarse mediante su habilidad proteica en un doble exacto de la desafortunada princesa.

La abuela friega el lavaplatos con ojos cansados. Ya el sol está por descender completamente, y las sombras alargan sus patas mansas e intangibles hacia el interior de la cocina. El fogón está apagado y las cenizas guardan el rescoldo del fuego, pero habrá que conseguir nueva leña para mañana. La vieja es bella todavía. Las líneas de su rostro conservan una pureza clásica. Está cansada y los días han pasado duramente sobre ella, se ve, pero tiene la aceptación estoica de quienes han llegado a la sabiduría de la indiferencia.

La nieta es una especie de reptil vigoroso que casi parece desdoblarse con sus movimientos ondulantes. Los ojos le brillan con un delirio frío, y sacude sus hermosísimos cabellos mientras barre con un movimiento sensual y silencioso.

—Hija, ve a traer la leña de mañana.

—Hermosa vieja, ¿por qué insistes en darme ese nombre tan antipáticamente formal? ¡Vamos, pide de otro modo!

Se acerca anhelante al lugar donde trabaja la anciana, con los labios y las manos temblorosos pero con la mirada más brillante que nunca. Ésta solamente la mira con la misma mirada cansada de siempre.

—Ve, hijita, ve...

—¡Me he contenido durante demasiado tiempo ya!—dice la joven en un siseo cavernoso— ¡Mi paciencia y mi instinto han batallado por última vez y son ahora la misma cosa!

Con un movimiento felino, se lanza sobre la vieja, la besa desesperadamente en el cuello y los hombros y le sujeta las muñecas férreamente. Como ésta intenta defenderse, la lanza al suelo brutalmente, y entre jadeos y bestiales sonidos, la hace finalmente suya.

Caperucita detiene el cochecito abstraída mientras contempla un anaquel lleno de botellas con líquidos brillantes: rojos, ocres, azules... Tomando una botella ámbar, se vuelve hacia mí y me pregunta pensativa:

—¿Crees que éste sea mejor?

Yo, que no sé nada de limpiadores y llevo las manos enfundadas en las bolsas de mi chaqueta verde, me encojo de hombros. Afuera, el viento nocturno y otoñal sigue soplando con fuerza; la gente se apresura para llegar a sus autos con los brazos llenos de paquetes, la bufanda flotando desordenadamente en el aire feroz.

## II. El Mago de Oz

Una es la lección primordial de esa historia: todo cuanto queremos, hemos tenido desde el comienzo mismo; todo lo que quisiéramos ser, somos desde el principio. Por eso no es necesario ir a buscar nuestro hogar: cuanto más afanosamente lo buscamos, más lejos estamos de él (es decir, no podemos abandonarlo nunca, y por eso nos es imposible reconocerlo). Para ser perfectamente consecuente con su sabia intuición, el Mago debió haber demostrado a Dorotea la identidad absoluta, existencial y metafísica, entre Kansas y Oz. El no haberlo hecho fue la prueba definitiva de su superchería, no el haber sido incapaz de trasladarla de vuelta a su casa (como si la hubiera abandonado alguna vez) o el no poseer 'verdaderos' poderes mágicos (que no tienen nada que ver con el asunto).

En la tierra de Oz, la maligna bruja de Occidente aleccionaba con tajantes palabras a su dragón azulenco. En nuestra época —amplia y comprensiva como pocas— la podemos entender mejor. Ya no vale para nosotros el temor ni la condena dictada por el fanatismo religioso. Hoy día comprendemos su megalomanía infantil, su arrogancia nacida de un profundo complejo de inferioridad, su horror ante las fuerzas oscuras del inconsciente, su frío intelecto, riguroso y paranoide. Sabemos que todo surge de una intensa ceguera primigenia, y si intentamos comprender sus actos, no se nos puede achacar el querer justificarlos (aunque la verdadera piedad siempre constituye una justificación existencial que sin embargo no abandona la distinción entre lo correcto y lo incorrecto, ni la firme convicción de

que las acciones deben llevar al hombre hacia el camino bueno), sino la simple piedad filial que nos impulsa a rescatar a quien de alguna manera reconocemos como nuestra antigua progenitora.

La maligna bruja de Occidente aleccionaba, pues, a su dragón azulenco, favorito entre milagros y puras-sangre de escamas refulgentes y llamas hociculares de exquisita filigrana.

—Óyeme bien, hijo. Aunque bastardo, eres lo único que tengo como sucesión al trono, y has de ser aleccionado para poder llevar a cuestras el peso que implica el gobierno del mundo y la dirección de los pueblos.

Echa una mirada hacia donde, sentado e inocente, Draco Verticolis la escucha sin malicia. Ella espera una mirada dubitativa o una sonrisa reprimida ante tanta absurda baladronada, pero su pupilo no parece darse por enterado.

—Por eso te digo una y otra vez: aquí no vale sino la ley de los peces, y la moral es la máscara que utilizamos para engañar a los incautos y tranquilizar a medias nuestras conciencias; tranquilizamos la otra mitad sintiéndonos culpables a ratos, y dándonos a deleitosos juegos masoquistas. Yo soy yo y tú eres tú: nos separa la insalvable distancia que me separa de todas las cosas. Si te dejo como sucesor es porque llevas mi sangre, y de alguna manera me engaño pensando que he de perpetuarme en ti.

Draco mueve sus pies comedido y un tanto nerviosamente. Sabe que han de regañarlo por su inconsciente descuido de ayer, y desearía que el chubasco pasara cuanto antes.

—Cuando dejaste pasar por nuestro territorio a esa niña, sin haber hecho tan siquiera la inspección de rigor, revelaste una arcana e indescifrable estupidez.

—¡Pero si dijo ser una misionera!

—Sí... una misionera budista. ¿No era esto indicio claro, una especie de burla sanguinaria, ahora que me doy cuenta de ello, considerando que es probablemente una enviada o protegida de la maligna y oscura bruja de Oriente?

Al decir esto, nuestra hechicera se sacude con un temblor nervioso.

—Probablemente quiere espiar nuestro país para luego pervertirlo con lujos y extravagantes religiones. Quizá desea saber cómo vivimos para poder sembrar las semillas de una tiranía atroz, ridícula en sus pretensiones divinas y monstruosa en su autocracia y absolu-

tismo despótico.

Draco se pregunta si su tía bromea, o si sencillamente practica su doctrina del distanciamiento y demuestra así cuán hábil es en el uso de la máscara. Por supuesto, no se atreve a decir nada.

—¡Imagínate... Dorotea! ¡Caramba, si el mismo nombre —absolutamente ridículo— era suficiente para despertar sospechas! Y luego esa absurda compañía... un hombre de latón, un espantapájaros de paja, un león de zoológico...

—Dijeron ser mendicantes religiosos...

—¡Con más razón, so bestia, con más razón! ¿Que no ves el papel que nos toca como defensores de nuestra sagrada religión? ¿No tenemos acaso androides altamente eficientes, producto de una tecnología muy superior, para aplastar un absurdo motete de hojalata? ¿No hay en nuestro país salvajes jaurías para destazar un famélico felino pulguiento? Y, en fin, ¿no poseemos poderosos lanzallamas con los cuales dar fuego a un montón de paja?

—¿Cuál es nuestra sagrada religión, títa?

—¿Cuál va a ser, so bruto, sino la que estuvo de moda en Oriente la semana pasada?

Draco exhala humo compungido mientras su tía continúa rabiando. Afuera, los esclavos trabajan mientras sueñan los más fantásticos sueños. El agua que beben está teñida de arcoiris, y en ella la potente hechicera ha depositado la droga maravillosa por excelencia. Quien la bebe se siente libre, y recorre los países que quiere, vive las aventuras que desea y su único temor es la muerte inevitable. Si preguntáis a alguno de esta tribu cómo puede contentarse con sueños, responderá que la realidad misma es apariencia, y que como de ilusiones vivimos, poco importa si las que nos satisfacen son 'reales' o 'ilusorias'. Si lo que se busca es la satisfacción, lo mismo da que venga del agua o de la tierra. Lo que importa es estar satisfechos, no cómo nos llegue esa satisfacción. A ver, vedme a la cara: ¿no es esto contundentemente cierto? Sentirse feliz es ser feliz. Por eso huyen los hombres del Oriente (y a veces incluso de la tierra central de Oz) y vienen para hacerse esclavos a las empacadoras carnícolas de la tía de Draco.

La benigna bruja de Oriente (no por eso deja de ser bruja), contempla el vuelo de los pájaros mientras escucha, distraída, el cuento



de Dorotea. Ésta le habla de peligros, pero solo consigue hacerla bostezar.

—...y así cruzamos finalmente el puente levadizo, habiendo transformado al contraamaestre Tröglio en pingüino...

—¿Has visto, niña querida, qué blancas tienen las plumas las garzas reales en esta época del año? Es un enigma que todavía estudio acuciosamente, sin lograr dar con su sentido.

—El bobo del león se había colgado de un bejuco y daba alaridos, esperando así atemorizar al enemigo...

—Claro que me refiero a las plumas que se ven debajo de las alas. En torno a las demás existen otros misterios fascinantes.

—...pero las uñas le fallaron y, arañando el aire, cayó como un saco de papas sobre el Comodoro Kırbe. Fue la única acción valiosa que puedo atribuirle.

—Los patos en estos meses inician sus pleitos simbólicos. ¡Gentiles aves! Nunca he logrado, sin embargo, desenredar por completo la madeja de sus procedimientos culturales y reglas de cortejo.

—Gracias, amable protectora. En verdad me siento feliz por haber recibido de usted tan precioso talismán. No me cabe duda ahora de que podré llegar a la tierra central de Oz para reintegrarme al polvo galáctico.

—Sí, por supuesto. Yo sé que no te agradan los pericos. Pero debes saber que su origen plebeyo no es despreciable.

Dejemos a Dorotea dando vueltas alrededor de una plaza de la Ciudad Central, en el corazón de Oz, en su décimo viaje hacia el Centro de Oz (los otros nueve los logró completar, inverosímilmente, desde y, otra vez de nuevo, hacia este lugar, pasando por los más estrambóticos sitios en busca de la plaza alrededor de la cual circula ahora y la cual conoce desde la infancia), caminando frente al bar donde el Gran Mago se desempeña como cantinero, y volvamos los ojos a puntos mucho más exóticos.

La bruja que no es ni de Oriente ni de Occidente es bobalicona y desnutrida. Anda por ahí con un traje astroso y remendado. Recoje florecillas y canutillos de colores para hacer adornos que luego cuelga de los portales y las verjas de las casas de los señores

ricos. Hace mucho tiempo que anda en búsqueda de su identidad; su madre murió al darla a luz y su padre la despreció desde el primer momento. Ambos son ahora "demonios chillones y vociferantes" sobre su espalda, pero a ella no se lo ha dicho nadie. Y así transcurre sus días, deseando quizá ser cada vez más boba y más esquelética, esperando disolverse en el vacío, o remontarse a los cielos —completamente imbécil— como el hijo que Apolo tuvo con la Sibila.

El Mago de Oz es un viejo barrigudo y de torso descubierto que suda cuando hace calor y tiritita cuando hace frío.

### **III. Tentáculos**

Los antiguos solían escribir de la periferia al centro, construir su orden centrípetamente. Es porque su concepción de desorden era autista y antropocéntrica. Intentamos hoy escribir del centro a la periferia, construir nuestro orden centrífugamente. Es porque la concepción de desorden que tenemos es totalizante y relativa. Por todo esto dejamos tentáculos irradiando de un punto y no importa dónde cortemos la narración: ustedes podrán suponer con libertad el orden subsiguiente.

No existe un orden universal: según el lugar donde te encuentres, verás un desorden específico. Los antiguos, desesperados en su ansia de absolutos, concibieron que su desorden era El Caos, y por consiguiente, que el orden que soñaron era El Cosmos. Hoy sabemos mejor, y como el hombre sigue teniendo necesidad de un patrón de acción, hemos decidido: el único desorden que vale la pena ordenar es el propio. Nos volvemos hacia dentro, confiando en que así podremos percibir más claramente cada orden relativo. La única norma absoluta es relativa, y reza de esta manera: para trabajar y comunicarnos, odiar, amar, ayudar, o asesinarlos, tenemos que ponernos de acuerdo. Este acuerdo arbitrario entre todos los seres es inviolable, y nosotros somos nuestro propio juez y castigo, llevamos con implacable claridad nuestra cuenta y nos distribuimos los premios que merecemos. Detrás de este juego cósmico, solamente está el Vacío.

Si Dorotea fuera Caperucita, se compraría un periquito australiano y buscaría con quién ir de compras cada domingo. Si Caperucita fuera Dorotea, no andaría rondando por la plaza como una grifa, sino que se pondría gafas para el sol y se ataría el cabello con un pañuelo liviano y elegante. Visitaría los lugares famosos: los parques, las iglesias, los museos, los sitios históricos y los restaurantes típicos. No dejaría a un lado los palacios ni las obras de arte que pululan al aire libre. Bajo el hermoso sol, contemplaría deleitada el juego de claros y colores en la fuente, porque tendría verdadero gusto por la vida. Ante todo, gozaría de la buena comida.

Si Dorotea y Caperucita fueran la misma persona, saltaría cuerda en las aceras, viviría en una pequeña ciudad de anchísimas calles donde vendieran pizza frente a su casa y un muchacho alto, moreno y taciturno, llegara todos los días a horas diferentes para pensar mundos extraños, leer libros clásicos, o ver televisión. Sería una niña de pelo castaño claro, con ojos azules y la piel blanca y pecosa. Iría a la escuela como todas las niñas, planearía ser enfermera y llegaría a ser ciberneta.

Si Caperucita, Dorotea y el autor fueran la misma persona, serían un dragoncillo azulenco simpaticón y llevadero, con algún talento literario y una espaciosa casa en los suburbios de Osaka. Su sueño sería llegar a ser como papá pero vivir en Kyoto: a pesar de su fascinación por todos los aparatos mecánicos y las maravillas de la tecnología moderna, se sentiría atraído por los templos budistas, con su oscura y antigua claridad y sus incalculables bellezas. El dragoncillo azulenco hubiera escrito esta historia, precisamente como ha sido escrita.

Si el lobo, la montaña, Dorotea y sus compañeros, las brujas, Caperucita, Draco, El Rostro del Bosque, la abuelita, Hunahpú, Ishbalanké, el dragoncillo azulenco, Johann Wolfgang von Goethe, Hun Kamé, el Mago de Oz, y Wukub Kamé fueran la misma persona, hubieran inventado al autor de esta historia, lo hubieran formulado con precisión existencial y lo hubieran puesto a deslindar sus respectivas existencias. Habrían inventado también la pluma fuente con la cual el autor podría haber contado su cuento.

## OTRO SUEÑO

Este mediodía de plomo me ha despertado. Abandoné mi cuarto confundido, no sé si en bata, recién salido de la cama y con el pelo alborotado. Ahora visto pantalones cafés, abombachados. Mi camisa es de manga corta, y hace frío. Bajo mis lustrosos zapatos negros la pátina que dejó la llovizna brilla sobre el césped.

Allá está el muchacho. Una algarabía de mariposas se me alucina en el estómago. Sus ojos son de un verde perverso, los pantaloncillos cortos hacen resaltar sus rechonchas piernas blancas. Finge no verme, juega con un pájaro de papel. Ahora se vuelve, y envuelve el espacio que me rodea con una mirada despectiva. Sonríe forzosamente, aleteo con una mano tratando de saludar. Él enrosca las comisuras de los labios y mira abstraídamente hacia un sitio lejano, por encima de mi hombro izquierdo. Me aproximo como uno de esos juguetes mecánicos, lleno de movimientos torpes y quebrados, en precario equilibrio. Conforme me acerco, la diferencia de alturas se hace más evidente. ¿Cómo es posible que me sienta degradado por esto? Ahora me observa con indiferencia. Como un gato displicente, espera el ratón de mi saludo.

—¡Hola, pequeño amigo!

Que no se ría es todavía más humillante. De pronto cambia de expresión, es un infante normal, ingenuo y curioso.

—¿Te gusta mi pájaro de papel? No puede volar como los de verdad, pero es muy lindo. ¿No te parece?

—Es muy bonito, sí. ¿Te gustan los pájaros?

—Me gusta mirarlos. A veces paso toda la mañana viéndolos volar. Pero hoy no he visto ninguno.

Levanta un brazo súbitamente y señala un punto en el cielo, directamente sobre mi cabeza.

—¡Mira! ¡Un águila!

Elevo la mirada y solo logro contemplar el borroso celeste de este cielo entenebuido. Pero no quiero desperdiciar esta apertura, y procuro divisar algún objeto. Inesperadamente, distingo una mota negra. Parece sobrevolar a enorme distancia. No le discierno las alas.

—¡Tienes una mirada formidable! Yo jamás hubiera visto nada si no me hubieras ayudado.

Un estallido de dolor incorpora estrías multicolores a mi vista. Desconcertado, me toco la frente y siento la tibia suavidad de la sangre. Cerca de mi pie derecho, un ladrillo parece guiñar entre la hierba. Una de sus esquinas absorbe lentamente la mancha roja que la cubre, y en mi zapato brilla una estrella encarnada. Una rabia sorda y caliente se apodera de mí. Indiferente y olvidadizo, el maligno enano arroja piedrecillas contra el seto vivo. Esta vez me acerco ágil y ligero como una pantera. Le sonrío dulcemente y hablo en murmullos confidenciales.

—Dos pueden jugar este juego, ¿sabes? Ten mucho cuidado porque voy a ser la causa de tu muerte. Será nuestro secreto, ¿sí? Nadie te creería de todos modos, si fueras a contarlo. Y siempre he dicho que eres un poquito extraño.

Observo con satisfacción que el temor le agranda los ojos. Me doy vuelta con brusquedad y camino recto, viendo solamente hacia adelante.

Necesito hablar con María Cristina. Miro sin atención a los sirvientes. En los jardines interiores, los helechos crecen efusivamente. Una mujer cobriza atiende las orquídeas de la sala; en sus muñecas brillan apagadamente sendas pulseras de oro macizo. Una leve angustia quiere levantar vuelo en mi vientre. Temo perderme en esta enorme mansión, en los recovecos de sus corredores, en la frescura múltiple de sus aposentos.

Lo que pasó con el niño me está descosiendo poco a poco con su filo pequeño. Mi satisfacción anterior se ha convertido en un interno y ululante frío. ¿Cómo decirle a María Cristina que su hijo es un monstruo? O por lo menos, ¿cómo decirle que me odia con un odio pétreo y lánguido a la vez, con una antipatía corrosiva que terminaría por emponzoñar nuestra futura vida conyugal? Yo entiendo que el divorcio lo haya afectado, que no me quiera si ocupo el lugar

todavía tibio que recién desocupó su padre. Pero hay algo horrible y poco natural en cómo me mira. Quiero confesarle a María Cristina lo que hice, y decirle que no podré casarme con ella si esta situación no se resuelve.

Es el cuarto más pequeño y más suntuoso de todos. Las molduras de ébano brillan aun en esta penumbra. Las cortinas de damasco y las espesas alfombras parecen absorber todos los ruidos. Un olor a libros viejos pero limpios y bien cuidados se desprende de la librería, semioculta en la sombra, ocupante de toda la pared de enfrente.

Ella está recostada en el lecho de caoba empotrado cerca de la puerta. La contemplo un rato antes de acercarme. Su cabello es un pájaro olvidadizo, negro y lustroso. Sus curvas, misteriosas, lujosas y delicadas a la vez. Los pies perfectos como colibríes, el rostro vivaz ahora en entresueño.

—María Cristina, necesito hablarte.

Me vuelve a ver con rapidez pero sin sobresalto.

—Ahora no, mi amor, tengo una jaqueca horrible. Esto del almuerzo me tiene tensa, casi angustiada. Viene papá, ya lo sabes, y también Alfonso. Mi padre, mi ex-esposo y mi novio. No sé cómo pasó.

—Está bien. Pero después de comer, hablamos. Me urge.

Ese silencio servil me atraganta. Esa estrategia calculada para hacerse invisible, ese apocamiento deliberado y esquilmoso. Pero los indios conocen todos los movimientos, como la sombra conoce los movimientos de su cuerpo. Algún día las sombras tendrán volumen, sus atormentadores se hundirán en las pesadas aguas del estupor, más que en la fría niebla del miedo. Pero yo —yo me siento más como la "clase media" que como estos indios. Envidioso y ansioso, siempre a punto de orinarme en los pantalones, adorando en contra de mi voluntad estos ídolos a la vez repugnantes y primorosos para mi corazón, estas encarnaciones del poder que doblan mi cabeza sin saberlo siquiera. Esta efusión de fuerza, esa ociosa limpieza. El fresco espacio que proporciona el dinero. A fin de cuentas, solo mi amor por María Cristina parece ser genuino.

—Adivinen a quién vi hoy en la calle.

El viejo se ha repantigado como si estuviera en la sala, y no en el comedor; se mueve como si el universo mismo le quedara chico. No ha conocido nunca otra cosa que el poder más absoluto, no sabe moverse de otra manera. Trata de ser jovial y "democrático", acomoda sus músculos faciales de bonachona manera. Cree que los ojos le chispean amigablemente, estoy seguro, pero nadie tiene suficiente valor para decirle que sus azules piedras son implacables, que parecen iluminar lo que ven con una luz áspera y corrosiva.

—¿A quién viste, papá?

María Cristina no le teme, pero lo quiere casi por compasión, porque es su padre, supongo. Se maneja discreta, filialmente correcta, acepta las situaciones como le gustan al viejo, pero éste no se da cuenta, mucho menos se lo agradece. Supone que es el orden natural del universo, como domina su clase, por mandato divino. El amor de su hija proporciona una cierta dignidad al intercambio. Tal vez por eso lo quiere ella, porque en el fondo sabe que solo así libera sus propias acciones de la opresión, de un servilismo más sutil pero no menos real que el de los indios.

—Vi a Juan Carlos. El Secretario General del Partido Socialista, ustedes saben. Gabriel, pásame el salero, por favor.

Lo dice para mí, lo sé bien. Ha de seguir una demostración de su "amplitud", y espero desfalleciente el desarrollo de su perorata. Tímidamente, ensayo un desvío.

—Acabo de terminar un libro de poesía china del siglo ocho. He quedado maravillado.

Los ojos le brillan súbitamente a María Cristina, un leve rubor de entusiasmo le sube a las mejillas. Alarga el cuello hacia mí, vivaz pero contenida.

—Solo una vez tuve oportunidad de leer un poema chino antiguo. ¡Qué delicadeza más exquisita, qué etérea perfección! Creí encontrarme por fin con la forma de lo sublime. ¿Qué piensas tú de eso, Gabriel?

—Hija, pensé que tu madre te había educado mejor. De ti no puede esperarse otra cosa, Gabriel. Eres un descontento, y un malcriado, para colmos. Por lo menos el inútil de Alfonso tiene buenas costumbres.

—Perdón, papá. No quisimos interrumpirte. Pediste la sal, no sabía que tenías una historia para contar.

Le agradezco que me haya incluido en la disculpa. Me doy cuenta repentinamente de que la única diferencia entre Alfonso y los sirvientes es que él come en nuestra mesa. Imagino que el viejo lo tolera solo porque es el padre de su nieto.

—Al igual que el resto de los Mendozas, Juan Carlos es tan práctico como comedido.

Me mira de soslayo, recalcando de nuevo mi «impertinencia», como diciendo *No son tanto tus ideas lo que me molesta, cuanto tu vulgaridad*. Finjo no darme cuenta.

—Me aseguró que su partido tratará de calmar los ánimos de los precaristas, siempre y cuando restrinjamos las actividades de los gringos. De por sí, a nosotros por ahora ni nos viene ni nos va. De hecho, nos conviene. El actual gobierno gringo es un dolor. Toda esa hipócrita cháchara sobre "la democracia" y los "derechos humanos". ¿Qué piensas tú, Gabriel?

Oigo la pregunta del viejo como en un sueño. Ha perdido el interés, en todo caso. Cada uno mira estudiosamente su plato, como si llevarse el tenedor a la boca exigiere el escrutinio más riguroso. ¿Cómo es posible? ¿Es que nadie más ha escuchado el estallido? Bruscamente me levanto de la mesa y me dirijo al ventanal que da al patio, allende el cual están la sala y las habitaciones. En la explanada, el auto rojo está en llamas, un aceitoso humo negro se levanta sobre él en oleadas. Colgado de la cerca de alambre, con las manos rígidas y tiznadas, el cabello chamuscado y los ojos fijos, el pequeño me mira acusatoriamente, atravesando el espacio con la inmediatez del terror. Un temor cobarde y culpable me posee de pronto. ¿Quién pudo haber hecho esto? ¿Quién quiere matar al niño? O si no, ¿quién amañó el incidente para incriminarme?





## YEGUA DE LA NOCHE

Una cuchilla helada sube desde la llanura. Un bulto frágil asciende hacia el pueblo por el ancho camino polvoriento. Camina febrilmente entre la noche que recién abre las fauces, entre los susurros carnívoros de la milpa.

El pueblo yace agazapado, contemplando desde sus sinuosas alturas los sembrados de fruta y los maizales. En el crepúsculo, las casas encaladas son difíciles de distinguir. Parecen esconderse de los sonidos claros que vibran desde la montaña, o que vuelan tenues y perfectos de la región que determina el cono del volcán al tocar el cielo.

El niño se detiene y vuelve la cabeza. Tirita al escudriñar las sombras. Un golpe de viento, un látigo de arena, un sonido reptante de hojas secas lo hacen trotar hacia el pueblo, cuyos sonidos son confusos, huidizos, pero también humanos y calientes. Una seguridad difusa se desprende y flota desde las callejuelas de la aldea. Serpentean como afluentes antes de unirse en el camino que abre su boca ciega y hambrienta hacia lo llano.

*No sé si siento frío, o si solamente tengo miedo. Hay un animal salvaje atrapado en mi pecho. Es pequeño y peludo, con grandes ojos asustados como ardillas. La calle es de tierra, apisonada por las carretas, los bueyes, las vacas, la turba de gente que viene al mercado los domingos. Es de color café claro, casi crema, y los pasos desiguales de gente y animales han hecho zanjas que la lluvia abunda en el invierno. Ahora, de noche, son como huellas alargadas, adormecidas de penumbra.*

Todos están dormidos: solo los perros y las sombras siguen despiertos. Dicen que el cura sin cabeza se ríe con las manos.

Es raro que el viento sea más frío aquí, en la entrada del pueblo, que allá en el llano. Las sombras parecen charcos vivos. Siento que un dique invisible contiene un espeso mar de sombra en cada bocacalle. Los postes de la luz son candelas gigantes, las casas parecen confesionarios blancos o tumbas cerradas y sonrientes. ¿Por qué ladrarán los perros? ¿Tienen miedo también? Tal vez venga el cura sin cabeza a retorcerme el cuello, a desprender mi cabeza para colocarla sobre sus hombros. Mejor me apuro. ¡Ya casi llego a la plaza!

Esta es una tierra antigua y silenciosa, los árboles profundos han pensado por muchos siglos sobre las montañas. Aquí el sudor es seco, asfixia la piel, aumenta el frío. En los poblados, un papel arrastrado por el viento o el ruido sordo de una teja suelta son eco de pasos otramente imperceptibles. Donde hay calles, La Llorona lanza su grito, moviéndose con horrible rapidez de una acera a otra. El aullido final es una serpiente delgada, desesperada de angustia, una esperanza estéril para toda la eternidad, una rabia culpable que desaparece entre las casas, alargándose hasta horadar la lejanía de la noche.

*Solo una vez oí a La Llorona, cuando ocupé el cuarto de mi tía Clara Luz. Mi abuela agonizaba y los adultos pasaron la noche en vela a su lado. El grito entró como si no hubiera puertas ni paredes. Creo que en esa ocasión La Llorona estaba adentro de la casa, porque la puerta del cuarto crujía mucho y los guacales de latón tintineaban al chocar contra la pila. Cuando todavía era mujer, La Llorona ahogó a su hijo recién nacido. Así dicen mis tías, aunque no quieran explicarme por qué lo hizo. Tal vez por eso se aparece donde hay agua. Quizá empujaba los guacales al buscar a su hijito en el fondo de la pila.*

La mole de la iglesia, oscuridad hecha de piedra. Por las escaleras del atrio resbala un frío ancho y vacío. Las casitas de los indios están cobijadas en sus alturas por el sombruno cielo; las cruces que dividen el monte de la aldea guiñan cuando se descorren las nubes. La plaza está poblada de murmullos noctámbulos, oleajes de siluetas la separan de las casas.

Dicen que a La Ciguamonta le gustan las sombrías. Se acerca despacio, tal vez desnuda, meneando las caderas amorosamente. Toma la cabeza de sus víctimas con las manos, se la acerca lentamente al rostro, ofrece un beso con sus deshilachados labios. La curiosidad descolorida de sus ojos mira desde la negrura de sus cuencas. Procura ahogar con su pelo largo y aceitoso, pegado al cráneo como liga.

*¿Cómo haré para cruzar la plaza? Tal vez es mejor que me acerque por detrás, por la iglesia vieja. Pero me dan miedo las piedras de la ruina, enormes y carcomidas.*

Entre los escombros hay bancos desvencijados, crucifijos rotos y agujereados por la polilla, incensarios de plata ennegrecida. Hay imágenes de santos como acurrucadas contra las piedras, lisiadas, desvaídas, sin brazos, piernas, troncos o cabezas.

*Pienso que al padre Rosales le dan miedo las ruinas de la iglesia vieja. Siento que voy a vomitar de pavor. Algo quiere agarrarme por la espalda, y no importa que me dé vuelta porque siempre está detrás. Al correr, las lágrimas se me meten por la nariz. El grito que me salió del estómago lo tengo atorado en la garganta. No puedo respirar. La iglesia me espanta, pero debe ser porque soy malo; tal vez el diablo se me quiere meter. Seguramente la Virgen comprenderá que no soy malo por mi culpa, que ni siquiera sé por qué soy malo.*

*Al entrar, mis dientes hacen ruido, rompen el silencio de los bancos vacíos. Me parece que la luz es temerosa y débil, pero me digo que solamente es luz de veladora. Mis tías hacen candelas, y a veces yo las ayudo. Cuando llueve todo el día y no tengo nada que hacer, las ayudo a sumergir las mechas en la cera derretida. Me siento tranquilo entonces. También me gustan el olor y la sombra de los pinos, los laguitos silenciosos que reflejan los cisnes y las tardes soñolientas en el balneario. Empiezo a sentirme mejor. Pienso en abrazar a la Virgen y mi miedo comienza a evaporarse, como las sombras al despuntar el día.*

*Me acerco a la imagen, pero quiere comerme. Sé que quiere comerme porque abre la boca y sus dientes tienen mucho filo.*

Múltiples llamas desprenden una luz difusa. El techo es invisible en la oscuridad. Sobre el altar mayor, una imagen de San Andrés sostiene entre las manos la cruz en aspa, que de lejos parece estar hecha de plata. Las paredes laterales tienen nichos que guardan una multiplicidad de santos. Cada uno está rodeado por un semicírculo de velas.

El niño entra encogido, camina hacia el altar arrastrando los pies. Se detiene, duda un momento, aprieta los brazos contra el pecho. Tiritando, se encamina al nicho de una virgen. La estatua tiene la cabeza y los hombros cubiertos con un chal de muselina celeste. Su túnica es blanca y sencilla, orlada con filigrana plateada. Tiene los brazos extendidos hacia abajo, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

Conforme se acerca el muchacho, las mejillas de la imagen adquieren un ligerísimo rubor. Sus pupilas se tornan agudas, brillantes; despiden una luz intensa y delgada como una aguja. Su mirada atraviesa el bulto contraído que se acerca cada vez más, incapaz de liberarse, conminado por las manos de afiladas uñas que se levantan con lentitud. Cuando está casi a su alcance, la virgen sonrío feralmente. Sus dientes metálicos y puntiagudos producen destellos que revelan un hambre cósmica, antigua e infinita.

## LA DIMENSIÓN DEL VIENTO

Monos mecánicos cabalgaban en las ramas, incandescentes bajo el sol, manufacturando delgados destinos en la penumbra. Más allá de los árboles, la planicie se despide de la selva, amarillosa y fluctuante. Lentamente contemplo mi venablo de cristal. Abrazo mis rodillas como si tuviera frío y veo a las hormigas transitar sobre las hojas quebradizas, esclavizadas por un propósito rígido e ineluctable.

La verdad, no sé qué hago aquí. No recuerdo mi nombre ni mi lugar de procedencia. No conozco este sitio, no sé adónde voy. Pero no siento temor, angustia, ni desesperación —tan solo una melancolía delicada, como la flor de la alhucema. Al escudriñar el horizonte observo remolinos de arena fina, nubes planas y rosáceas que parecen atacar la distancia.

Me incomoda este silencio, punteado únicamente por los gritos intermitentes de las arpías. Mis músculos agarrotados han desperdiciado mi descanso y me levanto sin prisa, a la espera de algún pensamiento o de algún capricho del ánimo. Cuando nada me pasa, dirijo mi camino casi al azar, hacia la línea polvorosa que divide la sabana del cielo.

Tres animales pequeños me persiguen. No tienen intenciones hostiles, llevan los ojos vacuos y el cabello desperdigado sobre el lomo. Uno posee tres patas y la cola prensil, otro patas prensiles y una cola aplanada, transparente. El último navega por el aire, como los peces. No quiero ser indiferente.

Es de noche. Las dunas de plata juegan con el agua de sombra, los minaretes de luna parecen estar suspendidos, apoyados apenas sobre la arena. Me tiendo de espaldas. Ahora floto sobre una alfombra de estrellas. Levanto mi venablo sobre los ojos: si lo muevo

de arriba para abajo, semeja la traza de un meteoro; si lo hago circular creo joyas distanciales.

Cansado de este juego, he decidido entrar en la ciudad. De cerca, las columnas que de lejos parecían agujas ahora se revelan gigantescas. En cada basa hay altorrelieves circundantes, franjas de calaveras exquisitamente labradas. Hace frío. Tengo sed. Deambulo por templos desiertos sin encontrar un alma.

Éste debe haber sido un sitio principal. Losas enormes de piedra negra y brillante conducen a una especie de altar. El techo es tan alto que prácticamente no alcanzo a distinguirlo. Puntos de luz casi fosforescente rutilan en el aire como rubíes discontinuos. Hay un sonido de agua y lo persigo. En una capilla aledaña hay una extraña estructura. Algo así como una telaraña longitudinal, una compleja arquitectura vertical hecha enteramente de huesos humanos. Falanges disecadas están dispuestas en la parte superior, como un nimbo crepuscular, o como el ramaje crepitante de un delgado árbol a principios de invierno. De algún orificio que no logro descubrir descien- de una pequeña catarata. Antes de caer en la poza sobre la cual se eleva esta estructura (este alambrado óseo), la cascada pasa por tres calaveras metálicas que la reciben en sus mandíbulas abiertas. Lleno de gratitud, me inclino sobre el borde del estanque. Adivino raros azulejos, y las aristas irregulares de esmeraldas sin pulir. Cierro los ojos y bebo largamente.

Amanezco encadenado a un caballo de mármol. Levanta las patas delanteras sobre mi cabeza, tengo las muñecas y los tobillos sujetos a sus patas traseras. Ante mí se extiende una explanada de arena lisa y amarilla. Un estandarte hincado oblicuamente ostenta un disco alado en su punta. De pronto contemplo una bandada de mariposas: algunas ígneas, otras de aluminio. Revolotean cerca mío, ahora comprendo por qué estoy aquí. Cada una de ellas es un recuerdo, todas juntas quizá podrían reconstruirme. Pero se van, y creo distinguir en su aleteo las palabras Ashur es Rey. No sé qué significan. No sé qué significo. Desprovisto de curiosidad las veo. Después de todo, no me han reconocido.

## EL COCO

A través del transparente cobertor de mi tienda de campaña, contemplo el cielo nocturno. Una claridad esfuminada y penetrante recorta con lucidez todos los contornos de las cosas. Innumerables estrellas fulgen rígidamente; ni una mínima brisa mueve las palmas. A lo lejos escucho el monótono y sordo bramido del mar, que tan cerca se encuentra de mi sitio.

La tienda está colgada entre dos cocoteros: uno enano de escasos dos y medio metros de altura y uno gigantesco y enigmático que levanta su copa, buscando la soledad y el dominio del espacio, hasta quién sabe cuál evanescente altura.

El firmamento está fina y cuidadosamente reticulado. Cada cuadrante ha sido estudiado minuciosamente. Tenues hilos demarcadores establecen una coordinación precisa, e indican estatuariamente las probabilidades de peligro.

A mi lado yace una nutria disecada. No siento calor ni frío. Simplemente permanezco de espaldas calculando, calculando... la probabilidad de una brisa repentina o gradual, de un desprendimiento súbito por maduración, de una sacudida telúrica más allá de mi posibilidad calculatoria. Fervientemente, mis ojos recorren el curvado tronco. Sé que se inclina levemente hacia la playa, como los demás en esta interminable hilera de cocoteros. Sé además que posee una curvatura que le es peculiar, hacia el sur-oeste. A pesar de la enorme distancia que nos separa, me es posible contemplar los racimos de cocos que penden de su airosa copa, indiferentemente mortales, amontonados y llenos de adormecida vida que espera turno para surgir tímidamente de la arena y empezar el laborioso ascenso del desarrollo.

Anoche oí caer un coco. El ruido fue amordazado e instantáneo; por un momento creí que alguien había golpeado la arena con el puño o con la palma de la mano. He tenido también uno cerca de



los ojos, he contemplado su superficie lisa, amarillo-verdosa, he calculado el peligroso peso— diez o más libras de endurecida fibra vegetal. Me ha sido posible calcular la velocidad terminal de un coco promedio, y dudo al inclinarme ora por una muerte instantánea, ora por un traumatismo craneal de impredecibles consecuencias. Quizá más vida vegetal. Quizá locura.

El cielo transparente y de profundidad azulada, las incontables estrellas, desparraman su luminiscencia alucinante y hierática. Una gran calma reina en el ambiente. Siento la arena de la playa en mis espaldas y veo la bonachona sombra de la palmera enana hacia mis pies. Una sola cosa me acompaña además de la inminencia de la muerte: durante esta interminable noche, por más de quinientos veintisiete billones de años, los tres ocupantes de la otra tienda, la que tiene una cubierta de lona fuerte, han celebrado la infinita noche del año nuevo. No late mi corazón. Escucho risas diluidas en la breve distancia, breves festejos y el silencio carnívoro de la nutria que, disecada desde antes del comienzo del tiempo, yace a mi lado.

## CLEOPATRA

Hace doscientos años me abandonó la divinidad que he dudado alguna vez si tuve. Tenía la forma interior, y la justificación y seguridad que me habían dado el pueblo, milenios de historia y generaciones enteras de reyes divinos. *Usurpadora*, me brutalizaba aquél. *Usurpadora, necia, extranjera*. *No tienes la sanción del dios ni de la sangre*. Y así ladraba yo como perra herida, confundidas las nociones de superior e inferior —pues menos le habían dicho a mis padres que eran los otros, los primitivos, los feos, los codiciosos, los que no eran nosotros. Albergaba una sonrisilla rechinante, no era suficiente la adoración de mis súbditos. Uno porque me la negaban de corazón, parecían poco convencidos. Dos porque eran de los feos. Sí, de los feos, feos, feos. Hoy el mundo parece un rompecabezas desarreglado, una alucinante masa de pedazos brillantes, sin un orden rector, sin una presencia humana que dirija. Hay un flujo organizado y armónico que deviene con la inteligencia de una ameba —poderoso, enorme, babeante y ciego. En esta petición de inteligencia veo un origen común. No dudo ahora a quién pertenece la superstición como forma originante, como informadora civilizante. Es de ellos, de los feos, que también —oh dolor— son los viejos. Solo yo estoy en un terreno ambiguo. Quiero estar aquí y allí, y no sé dónde estoy ni a veces dónde quiero estar. Pero permanezco en lo que ellos inventaron y mis padres recibieron en herencia. No logro escapar de esta necesidad de orden, de la fuerza atroz que me empuja a buscar, irremisiblemente, una fuente anterior, una mente clara e infinita que ordene todas las totalidades e imprima el sello de su personalidad en las cosas. Voy y vengo en el caos múltiple de mi mundo actual, sin lugar ni sentido porque no puedo evitar percibir de otra manera. Reconozco el estado desarreglado de mi mente, su desintegración en las funciones sociales. Pero me niego a abandonar la única identidad que siempre he tenido. Ésta es la causa de mi mal, dicen. Esta

creencia de haber sido y no circunscribirme a lo que soy. Pero soy —en cada célula y cada pensamiento— lo que fui y es ahora en evolución. Mi mal solamente es comprensible desde allí, desde aquí.

Allá, en la alta región, en dirección al sur, hay trayectos paralelos al río, donde el azul relámpago del agua fosforesce bajo la campana interminable del cielo, atravesado por el líquido con que el sol hiere y satura la atmósfera, las piedras enormes que forman peñas fruncidas, dos caras ante la vida fluyente y ante el desierto inmenso que despedaza la luz en planicies, reverberándolas hacia arriba con el gesto primitivo de la muerte cambiante y eterna como las dunas. Allí hay dioses terribles y traslúcidos, fuerzas latentes que contemplan desde adentro revelando solo el gemido del viento contra la arena. La diosa que ama el silencio guarda templos insubstanciales, como una leona echada transparentemente. Pero no quiero moverme de Alejandría. Tengo aquí los placeres y las comodidades a los que quiero estar acostumbrada. He descubierto, además, la trampa de los viejos. Aquí todo se da, todo se gasta en el asiento de la divinidad. Tratan de convencerme para que abandone mi identidad, para que deje de ser yo. El premio es ser coeterna, cosublime, coperfecta. No debo dejar seducirme. Las voces delgadamente malignas de mis antepasados sanguíneos me aconsejan no flaquear. Debo retener mi individualidad a toda costa. No quiero llegar a ser sagrada asimilada al pueblo, hecha voz y carne de los feos, fabricada por anónimos viejos y feos en inacabable hilera de generaciones innominadas. No me permiten retener mi nombre. Su vacío se llena con mi gloria, la absorbe, se apodera de ella. Dejo de existir entonces y la eternidad es de ellos. Los sacerdotes dicen que este no ser en mí es precisamente el soplo de la divinidad. Pero yo cerco como gata recelosa la puerta de esta gruta. No me decido a entrar.

—Has estado hablando con esa mujer de nuevo, ¿no es cierto?

El médico acaricia con gesto inconsciente sus encanecientes sienes.

—¿Por qué lo sabes?

—Tienes esa expresión entre confusa, perpleja, y angustiada.

—No sé qué pensar de ella. Su inteligencia es en verdad sor-

prendente y no parece exigir esa compensación psíquica inmediata que a nivel personal se me hace evidente en otros. Lo que siento es más bien un agudo estado de desazón, una intranquilidad múltiple.

—¿Conoces su historia clínica? Yo sé que para ustedes, los defensores de la nueva escuela, la mera pregunta es herejía. Te la hago únicamente porque creo que puede confirmar tus intuiciones.

—Por esta vez seguiré tu consejo. Pero sostengo que nada puede substituir el contacto virginal y directo.

—Ven a verme cuando la hayas leído. Quizá quieras admitir que, cuando menos, no hace daño.

—Pero es que sí lo hace. Deforma y condiciona la actitud ante el paciente. Superpone consideraciones y juicios sociales al fenómeno puro. En fin. No quiero enredarnos de nuevo en una discusión doctrinal e inacabable. Seguiré tu consejo hoy. Punto.

La luna riela ramas y las hojas de las plantas que se levantan altas y delgadas como lanzas. El edificio en su silencio recogido y vespertino parece un antiguo monasterio pagano. Las alas se extienden oblicuas y distantes. En los pasillos apenas hay ruido de hojas y fantasmas de pasos dudosos, recogidos en la penumbra de la mente vacilante. El médico abre una puerta metálica sin ruido alguno, la cierra y devuelve su solitario alejamiento al corredor.

### **EX-1008-321 FA1**

CLASIFICADO BAJO LA NÓMINA: *P-ant 2, Meg 32*  
RESPONSABLE DEL INTERNAMIENTO: Dra. María Rosales Pons  
TERAPEUTA: Dr. *Jorge Cohn Alpízar*  
ENCARGADO DE PERSONAL (PSICOANALISTA): Dr. *Raúl Robles Axelrod*

### **Partida Primera, Historia Personal**

SUJETO: *Ana Lucía Cantor Toledo*  
OFICIO: *En este momento, secretaria de la Primera División de Distrito, Ministerio de Obras Sociales*  
EDAD: *29 años*  
GRADO: *A-001*

C.I.: 175

*La sujeto es de extracción clase 001. Su desarrollo fue parejo y predecible. Únicamente son de mención:*

- 1) que el psicólogo del plantel atestigua un interés curioso y visceral por la historia y la religión;*
- 2) que manifestó en una ocasión una fuerza anormal de los músculos prensores;*
- 3) tendencia al retraimiento;*
- 4) una actividad sexual exacerbada;*
- 5) facilidad extraordinaria para las lenguas;*
- 6) accesos de egoísmo posesivo.*

*Los padres de la sujeto no atestiguan delirios de grandeza, pero sí un temor y una atracción morbosa por los estados alterados de consciencia. Sus pedagogos coinciden con el primer juicio, pero no recuerdan una tendencia morbosa apreciable. Después de pasar limpiamente con categoría AB1 en la primera opción, fue solicitada por el Ministerio de Obras Sociales. Se encontró que su tarjeta serial era coincidente y la solicitud fue aceptada. En ese Ministerio, ascendió rápidamente, recibió dos veces cursos superiores en su especialidad (detección de áreas inestables) y a los 28 años sufrió un severo y sorpresivo caso de agotamiento nervioso. Dos meses de descanso otorgados fueron insuficientes para promover su mejoría. El mal parecía más bien haber progresado rápidamente, y haber invadido casi todos los sectores de la mente social. Remitida luego al psiquiatra de su sección, confesó que sufría de demencia. Esta confesión se reporta como dolorosa, sentida como una afirmación necesaria (Rep. sec. 12-1 M.O.S., Dr. Kristóbulo Chaterjí Pujol, apdo. D-3a). La complicación posterior, diagnosticada provisionalmente como delirio de grandeza dentro de un cuadro esquizo-paranoide, se consideró más allá de las capacidades terapéuticas y solventes de una célula psiquiátrica seccional.*

### **Partida Primera, Historia Íntima**

*A pesar de haber tenido una cantidad de amantes mayor que la cantidad estadística promedio para su centro de población, la sujeto no parece haber establecido relaciones de forma interior*

*compartida. Todos sus compañeros, permanentes u ocasionales (definidos según la convención de este centro de población para la determinación de funciones sociales, Apdo. 32b, Partida III, Marzo, B7, 122 D.R.), reportan un interés altamente fisiológico por parte de la sujeto en sus relaciones sexuales, una búsqueda y casi necesidad de gran satisfacción física. Las relaciones a nivel de forma interior fueron casi siempre sentidas como remotas y desencajadas (encuesta personal 1, Apdo. 4c, Sección II).*

.  
. .  
.

### **Partida Primera, Entrevista Cuarta**

(LLEVADA A CABO POR LA DRA. MARÍA ROSALES PONS)

DRA.: ¡Qué linda tarde! ¿Verdad?

SUJ.: ...

DRA.: ¿Se siente mal? ¿Tiene algún dolor?

SUJ.: Soy una enferma mental.

DRA.: ¿Por qué dice eso?

SUJ.: ...

DRA.: ¿Dónde trabajaba antes de venir aquí?

SUJ.: Desconozco la motivación de mis acciones.

DRA.: ¿Era interesante su trabajo?

SUJ.: Mandar siempre es interesante.

DRA.: ¿Tenía usted un puesto muy importante?

SUJ. Suj.: El oficio de reina es mandar.

DRA.: ¿Cuál es su reino?

SUJ.: Soy reina del Alto y del Bajo Egipto, señora de la cobra y del buitre, su majestad Cleopatra VII.

«Lo habrá dicho con su resignación melancólica característica», pensó el médico. Y acto seguido cerró el libro.

—He estado haciendo un poco de investigación histórica.

—¿Tú? Creía que los de tu escuela son aversos a todo tipo de condicionamiento... ¿No son ustedes los defensores de la técnica inmediata, del enfrentamiento en blanco con el paciente?

—Deja tus burlas para otro momento. Sabes quién fue Cleopatra VII, supongo.

—Una de esas figuras prehistóricas que por alguna oscura razón persisten en la consciencia colectiva.

—Sí, está bien. Pero hay dos hechos inquietantes. Primero, que la figura de la reina, post-revolutionem, está fundamentalmente desacreditada. Una persona de su cultura e impecabilidad ideológica no puede menos que estar saturada con la carga negativa que esta palabra-función conlleva. Lo segundo está asociado con el juego de palabras que me he permitido hacer. Sabrás que *revolutio* significa también cambio de cuerpo. Pues bien, creo detectar en ella sutiles insinuaciones de una creencia en la doctrina de la reencarnación. Esto arroja nueva luz sobre el cuadro. Ella no cree ser Cleopatra VII en este momento. Más bien asocia el núcleo central de su personalidad con el que ocupó la circunstancia individual-histórica-social que conocemos como Cleopatra VII. Es decir, está plenamente consciente de que la persona reconocida socialmente como aquella reina, dejó de existir hace mucho tiempo. No se cree Cleopatra loca: se cree Ana Lucía Cantor Toledo, loca, continuación existencial de la faraona.

—¿Lo ha hecho explícito así?

—No. Si lo hubiera hecho, el problema se hubiera simplificado notablemente. A veces casi me da la impresión de que no quiere dificultar más mi trabajo trayendo a luz factores que tiendan a fortalecer su posición.

—Puede tratarse de una personalidad excepcionalmente astuta y perceptiva.

—Puede, no. Debe. Es imposible para mí partir de otro supuesto que no sea la categórica afirmación de su locura.

Tengo la sensación de ser de palo. Sufro, lo sé, y la percepción de mi dolor garantiza mi demencia. No oso creer lo que sin embargo creo porque proviene del interior más íntimo de mi ser. Todo carece de sentido, lo que fui y lo que soy. ¿Quién podrá comprender el fracaso atroz que me persigue, la sensación de haber fallado ridículamente, con monstruosidad, el sinsentido triturante que me castiga al comparar lo que fui con lo que soy? ¿Qué extremo es más odioso? ¿Haber sido reina para hoy ser loca? ¿Ser loca hoy habien-

do sido reina? Mi devenir histórico, ¿no es la negación de lo grandioso, la burla total de todo estado de existencia? Tengo la sensación de ser de palo, de ser un renacuajo que chapotea eterna, circular y estúpidamente en curvas idiotas, trazando huellas oligofrénicas sobre el fango. Recojo pedazos de cartón y los hago charreteras o medallas, hago barquitos de papel que sirven de corona real. Deshilacho mis vestidos para exhibir mis hermosas piernas, me masturbo a escondidas bajo los árboles. Hago todo con la lentitud agonizante que impone el deber. Lo hago acuciosa y lentamente. Fabrico la imagen de una loca con precisión descuidada, me desintegro en un afán de nuevo destinado al fracaso. Toda posible posición en la vida me es igualmente indigna, vacías son todas por igual. Se me niega el descanso y por eso labro mi trabajo infinito con la convicción de otorgarme así un remedo del no-ser.

Baja el sol. En la distancia pasa un tren. Las frondas del hospital se disuelven en una niebla que no es bruma; el lugar inexistente está por eso en todas partes, con sus árboles frescos y sus alas que parecen un monasterio pagano cuando oscurece. En una curva de hielo lejanísimo, dividiendo la concavidad del cielo, pasa un tren. Va de Nijni Novgorod a Irkutsk, y de la mente de uno o dos de sus ocupantes se desprende la irisación que es este hospital, estos doctores, esta enferma. La mujer de rostro severo y cortado, con facciones de ónix, ve a través de la ventana y crea múltiples veces la forma interior y exterior del asilo. Desde aquí yo contemplo al hombre que ha creado a esa mujer, lo veo desde el exterior de la ventana del tren, sentado con su distinguido traje gris, meditativo y profundo. Lo veo porque él me ve, la ve porque ella lo contempla, y las dos mujeres se miran porque ninguna existe, pero solo ellas dos lo saben.





## HERENCIA

### *I. La Peregrinación*

De día, todas las veredas que llevan al bosquecillo de Nemi están cruzadas por murmullos de sombras. Los árboles son largos, hoscos y nerviosos. El ramaje filtra su luz hasta convertirla en una fría cascada de vidrio. Los pastores y los pájaros evitan las formas silenciosas que desde sus oscuridades parecen asechar la mañana para devorarla.

Pero, de noche, a menudo pasa hacia el soto la figura de algún peregrino. Una sombruna luz le sonríe afiladamente desde el susurro de las hojas, un pedazo de luna lo llama desde el fondo del bosque. Llena de voces está la noche, llena de voces y de ruidos, llena de símbolos frondosos y de signos lapidarios.

En el segundo plenilunio de verano, cuando el aire es caliente y tienen forma los olores de la tierra, una turba silenciosa o cuchicheante serpentea hacia el templo de Nemi. Ancianos y doncellas de las treinta y una tribus caminan serios, afebrados, portando cirios o abrazándose como si tuvieran frío.

El templo de la Diosa es blanco y mate. Sus múltiples columnas son como los fémures rectilíneos de alguna raza mecánica y remota. La cúpula es una calavera pensativa.

Sobre la escalinata, el Rey de la Arboleda invoca a la divinidad sonriendo torcidamente.

—¡Reina de la luz! ¡Oh Diosa virgen, recóndita, inescrutable! Vuelve la mirada hacia tu pueblo, bendice la simiente de tus hijos. ¡Que las cenizas de nuestros padres tengan sentido, que perdure la identidad de todas las tribus! Esposa, madre, hermana de quien esgrime el trueno: dignate bendecir el sacrificio propiciatorio que ahora te ofrecemos.

Un profundo fervor religioso amontona las voces. Un hombre se rasga el brazo con un ancho cuchillo y riega con su sangre el

estrecho foso cuyas sordas llamas lamen las sombras de la noche. Un joven observa sardónicamente, recoge el cuchillo y lo coloca con negligencia sobre el altar. Todas las tribus han hecho sus votos. Algunos individuos también.

## II. El Pontífice

El agua del estanque es un denso espejo verde, anillado de flores fosforescentes. Hojas marrones, rojas o turquesas están empotradas en la superficie, cerca de las orillas. Los volados tejados del monasterio caen blancos e irregulares sobre el empedrado sendero que conduce a la Piedra de las Meditaciones, al mirador del Sacerdote Supremo.

Esta mañana el novicio de sonrisa servilmente burlona le había dicho, ceremonioso y lleno de sospechosa cautela: *¡Máximo hacedor de puentes, intérprete magnánimo de las sombrías miradas de la Diosa! ¿Qué formas reporta la inmóvil agua de su estanque, qué augurios se reflejan sobre su verde misterio?* Pero días eran ya que no lograba penetrar los designios de la terrible virgen, como si fuera el más ordinario de los hombres, o como si ella hubiera apartado de él su rostro. Sintió de nuevo la garra del pánico y la controló fríamente de nuevo, como cuando había despedido la torcida sonrisa del postulante con un gesto entre imperioso y displicente, sin haber emitido palabra.

Ahora temblaba de excitación sobre su escritorio de mármol. ¡Eso tenía que ser! La inmortal dispensadora de sombras y de sueños había decidido abandonarlo. Pero estaba preparado. Desde su consagración había empezado a prepararse en un rincón profundo, secreto y oscuro de su corazón, en un sitio que no había entregado a su dueña, infiel desde el principio como sabía que ella lo sería al final, como ella lo había sido con su predecesor, amante ingenuo que se había entregado por completo y que había muerto saboreando el salado gusto del abandono, la sangre que le chorreaba por dentro, empujada por la acerada punta de la daga que él, el precavido, le clavara en la nuca. Aun así había muerto amándola, lamiendo sus helados pies de piedra como para limpiar la sangre que los ensuciaba, regurgitada entre los estertores de la muerte.

Él era diferente. Como fiel exponente de su raza, la pasión le subía desde el vientre, indómita y feroz. Pero había aprendido a

medirla y a dosificarla: sus acciones nunca habían sido amor ni odio, sino cálculo purísimo.

Del escondite que fabricara con sus propias manos, en horas ajenas a la Diosa, sacó la armadura que puso debajo de su toga sacerdotal. Comprobó la facilidad con que salía de la vaina atada a su muñeca derecha el siniestro y silencioso estilete que lo acompañaba tanto de noche como de día. Tomó un sorbo de su antídoto universal y sonrió para adentro. Pausadamente se dirigió al sagrario principal.

### *III. La Sucesión*

El acólito de sonrisa indescifrable contemplaba el meditabundo paso del Sacerdote Principal, mientras repetía mentalmente las palabras e instrucciones que le había susurrado La que Caza Hombres, La Incorruptible, La que Guarda y Castiga a su Pueblo. El momento había llegado, y la Diosa lo había elegido a él como sucesor. El asesinato ritual que dictaba la tradición habría de tener lugar hoy.

Frente al altar esperó, sin emitir sonido, sin volver la cabeza, sin sonreír siquiera. El Augur se detuvo; el vuelo de los pájaros presagiaba muerte violenta. Ceremoniosamente abrió las entrañas de la ofrenda y de nuevo leyó la mortal predicción del hado. Maravillado, el acólito comprendió que sus ojos habían sido abiertos por la Diosa, se sintió como quien despierta en la mañana de pronto y siente que el sol despunta en sus pupilas, o como a quien sorprende la aurora, después de haber deambulado de noche por un bosque desconocido. Comprendió igualmente que un velo había descendido sobre los ojos de su predecesor: era evidente que creía poder confundir los mandatos de su Ama, y volcar la predicción sobre quien Ella había elegido. El otro acólito no separaba su vidriosa mirada del Pontífice.

Después de terminados los ritos iniciales, el sacerdote y sus dos novicios se dirigieron al estanque sagrado, donde tratarían de adivinar las elusivas facciones de la Virgen Cazadora. Llegados al borde, aquél volvió la cabeza y dirigió una mueca socarrona a sus acólitos. El de ojos vidriosos le ofreció la copa purificatoria; sin cambiar de expresión, el Augur la bebió de un sorbo.

—Tiene un raro sabor esta mañana...¿qué sueños has tenido, en qué cosas pensabas esta madrugada, mientras preparabas el brebaje?

El interpelado se le abalanzó con un puñal aparecido del aire, escupiendo entre sus dientes apretados las siguientes palabras:

—¡Puerco! La Diosa sabe que eres tú quien asesinó cobardemente a mi padre.

La estocada empujó al Pontífice hasta el borde del estanque, pero la hoja del puñal se rompió contra la oculta armadura. Sin perder un instante, el sacerdote degolló al novicio con su estilete. El cadáver cayó sin hacer ruido, la sangre se difundía como humo en el agua.

—Pobre imbécil. Instrumento de un ama cruel, has muerto sin vengar a tu padre, y engañado para colmos sobre la identidad de su asesino. ¿Quién escuchará ahora tus lamentaciones?

En ese instante, la losa desde la cual contemplaba el lento discurrir de la sangre cedió bruscamente. Sin poderlo evitar, cayó en el estanque. Como en un sueño, el otro acólito se vio hincado en el borde, empujando con las manos la cabeza que luchaba por surgir a la superficie, el cuerpo impedido por el peso mortal de su armadura. Mientras atestiguaba así la consumación de su ascenso al sitial del Sacerdocio Supremo, un arrebató místico lo llenó de claridad, y su amor por la Diosa dejó de tener límites. Le fue dada la posibilidad de ver su muerte, pero sabía de antemano que habría de ser igual a la del predecesor de su predecesor: la gratitud corrió hecha lágrimas sobre sus mejillas. Agradeció el don, y la oportunidad de contribuir al sacrificio que, repetido de incontables maneras, en consciente o inconsciente servicio a la Patrona Tutelar, garantizaría la permanencia de su pueblo hasta el fin mismo de la Historia.

## LOS ALTOS DE ANNÚVIEL

El centurión Quinto Sertorio observó con desconfianza los altos bastiones blancos. Abajo quedaban tres legionarios, los únicos sobrevivientes de una otrora poderosa legión. En esta soledad rígida y enigmática, cualquier presencia humana hubiera sido un consuelo, incluso la de los enemigos. Pero los partos estaban lejos —o cerca— ¿quién podría decirlo? Como quiera que fuese, no era éste su territorio, no eran éstas sus fronteras, estos bastiones no eran suyos. Las rocas grises y abruptas estaban desparramadas por la ladera en un orden incomprensible y simbólico. Cada piedra, cada árbol o matorral parecían tener un propósito particular y misterioso, un mensaje reservado solamente para los iniciados del universo.

El centurión se estremeció de nuevo. Abajo quedaban los cansados legionarios, desprovistos de propósito, casi desprovistos de humanidad, como memorias flotantes que pudiere dispersar el viento. Difícil era concentrar la mente, toda directriz parecía abolida. Cada razón para vivir, cada pensamiento, se diluía al instante sin dejar rastro, sin ninguna intimación de conflicto.

¿Cómo llegaron aquí? Todo parece un sueño. Roma es una proyección fantástica, o un suceso infinitamente lejano y desprovisto de importancia para los dioses. Los días se confunden con las noches, el cielo se confunde con el mar, y las piedras blancas parecen guardar un secreto que jamás podría serles útil. Pero ya no tiene sentido regresar, ni combatir a los partos, ni beber vino en la taberna o vitorear al general vencedor. El corazón solo puede aferrarse al deseo de descubrir un secreto inservible, un misterio ajeno sin relación con los hombres. La familia y las leyes parecen fantasías de niño, barquichuelas ocasionales sobre el azul de muchas caras. ¿Para qué seguir, por qué retroceder? ¿Qué más da que sea un centurión o un soldado raso quien arriesgue la vida? Aquí no parece distinta de la muerte, y el sueño no confronta la vigilia sino la perpetúa en

una continuidad mutante. Solo queda el temor: un temor vago e inconexo, que alterna con el deseo de quedarse quieto para ver si el espíritu cristaliza en alguna forma definitiva. Pero la fluidez procede sin interrupciones. Una intuición difusa hace sospechar al centurión que la forma de su personalidad es ilusoria.

Después de este descanso metafísico, continúa su ascenso. Desde aquí dos torres idénticas limitan una pared, y alzadas oblicuamente se inclinan hacia el muro. Una oscuridad rectangular y precisa, situada a la derecha del centro geométrico de la pared, permite adivinar un orificio de entrada. Desde este lugar se ve pequeño, y Quinto Sertorio endereza sus pasos hacia ese sitio.

De cerca, la entrada no es pequeña. Dos cuadrigas podrían cruzar fácilmente el umbral al mismo tiempo, su altura es igual a cinco hombres altos. El macizo muro tendrá una anchura de sesenta pasos. El centurión traspasa la abertura con el corazón liviano, sin esperar nada y extrañamente desprovisto de aprensión.

Una planicie inmensa se extiende ante la vista. Cuadrangular, está compuesta por losas pétreas de color gris palidísimo. Viéndola directamente, Quinto Sertorio adivina sombras. Inmediatamente levanta los ojos y no percibe ningún objeto sólido. Nada interrumpe la extensión. Otra vez baja la mirada, pero ahora la mantiene sobre las planchas regulares, sin permitirse contemplar la línea del horizonte. Las sombras se hacen precisas. Esto es un árbol, aquello una cabeza pensativa. Por todas partes se perciben figuras –unas reconocibles, otras ignotas. Pueden verse edificios y signos divinos, una cruz trágica y vibrante, un martillo sencillo, una rueda de ocho rayos, un pájaro audaz y melancólico, un candelabro de siete brazos, una pirámide indiferente. Hay números y letras, mapas y trayectorias. El centurión alza de nuevo los ojos. Se esfuman las sombras y un sol inmóvil desparrama una luminiscencia salvaje. El cielo es hiriente, imposible soportar esa profundidad que desconoce la separación establecida por el observador, a la vez transparente y móvil, colmada de dirección instantánea que salva la distancia sin reconocer el tiempo.

Cerrando los párpados, el hombre cae súbitamente de hinojos y ora sin concebir dimensiones ni formas. Su pensamiento busca un centro, y la mente frágil como la llama de una vela recuerda pasados puntos de referencia. El soldado es un devoto de Isis, aunque en el pasado incoherente e irreal haya carecido de sestericios para ser

iniciado en sus misterios.

"¿Por qué yo?", pregunta. "Solo soy un centurión. Aquí están escritas todas las eventualidades de los hombres, su principio, su medio, y su fin. Pero es inútil que las conozca, aunque fuera posible, inútil que las diere a conocer. No distingo mis antepasados de mis descendientes, los de mi espíritu, los de mi mente, los de mi cuerpo. Es igual que me quede o que regrese, que continúe o cese, si bien cada una de mis decisiones –lo sé ahora– es importante para la imparcialidad minuciosa de todas las cosas".

Bruscamente se pone de pie y se da vuelta. Sin prisa ni pensamientos regresa por donde ha venido. Las rocas grises y abruptas siguen desparramadas por la ladera en un orden incomprensible y simbólico. Abajo, los tres legionarios descansan. Todos se levantan al verlo llegar.

—¿Qué hay?

—¿Qué has averiguado?

—¿Cómo podemos regresar?

—Vayan los tres juntos. Quizá sea diferente si van juntos. Yo voy a darme un baño de mar.

Sin ninguna prisa se quita el pectoral, los calzones, todo lo que habla de situaciones remotas, extrañamente ajenas y familiares. ¿Cómo podemos regresar? ¿A qué lugar habríamos de regresar? Aquí están el océano multifacético y la arena fugaz





## LA CORNISA

### I.

Todos han admirado esta tunelación. Lo extenso, lo ramificado, y las longitudes increíblemente grandes de la obra, son suficientes como para causar asombro permanente. Pero quien conozca o tenga referencias precisas de Tierrapaulita Xm32, sabrá que el planeta carece de grandes yacimientos minerales. ¿Cómo entonces se fabricó la indispensable infraestructura instrumental y mecánica que tuvo que haber hecho posible una empresa de tal magnitud? A no ser que en alguna parte se guarde un secreto tecnológico, o algún misterioso procedimiento capaz de operar como en las fábulas mágicas de los antiguos. Los otros vestigios de vida civilizada que quedan ofrecen poca ayuda para forjar siquiera una hipótesis coherente. Parece indudable que los túneles fueron en un tiempo medios de transporte y comunicación. Los vastos espacios intertunelares, con sus extrañas cajas oblongas y monolitos asimétricos, dan testimonio de ello, o por lo menos me lo dan. La superficie de Tp.Xm32 es relativamente árida y monótona; está cubierta por pastos de tamaño medio, cuyo color oscila entre verde mustio y café seco. El viento se muestra tranquilo y los atardeceres son muy hermosos; tienen una belleza lánguida, descansada, sobria y sutil. Las noches son hermosas también —por la localización galáctica, hay muchas más estrellas visibles que en mi planeta de origen, y el planeta no tiene luna. La fauna es poco numerosa, los animales son de reducido tamaño. Otro misterio más, porque las condiciones favorecen el desarrollo biológico, aunque no se trate, ni con mucho, de un planeta nuevo. Restos civilizados en la superficie, únicamente los torretes de forma caprichosa, que se encuentran distribuidos por toda ella totalmente al azar, o de acuerdo con un patrón cuya razón y naturaleza desconocemos completamente. Es verdad que Tp.Xm32 no se conoce todavía bien —hace relativamente poco que fue 'descubierta'. Los datos que he

consignado o consigno, son todos tentativos e incompletos.

## II.

Cuando se me comunicó que haría escala aquí en mi camino hacia Otus Maior, me sentí lleno de expectante alegría. El estómago se me contrajo con esos espasmos que provoca siempre el placer temeroso de lo desconocido, y que por lo menos al enamorarnos hemos sentido todos alguna vez. Mi estadía durará breves 3.4 días, T.T., pero así y todo, me he considerado extraordinariamente afortunado. Es un privilegio y una suerte que este increíble mundo le haya tocado en tutelaje a la Federación Latina Intrafinitaria, aunque no es posible descontar cierto favoritismo por parte del centro de control del borde intrafinitario P11Xm. Como quiera que sea, nuestra sensibilidad estética y mayor desarrollo de la capacidad para la apreciación cultural, deberían permitirnos aprovechar mejor que otros la oportunidad. Por mi parte, he decidido pasar cuanto pueda del tiempo que me resta explorando los bordes de este misterio. Soy, en cierto sentido, solamente un aficionado, aunque mi nuevo puesto como Asesor Militar de Bandas en un punto extrafinitario es testimonio suficiente de una competencia parcial, al menos. Y fuera de todo interés puramente profesional, los problemas de disponibilidad, intrusión en el marco teórico, y referencialidad interna, han sido siempre la pasión del Coronel CR de p.t. ad fines Silbán Kutieris.

## III.

La apariencia misma de los túneles es impresionante. El silencio es sobrecogedor y las distancias parecen interminables. Todos han sido cavados y pulidos dentro de la piedra basáltica de una corteza cuya profundidad es de una longitud sorprendentemente regular. Por algunas razones que comprendo y otras que todavía no acierto a comprender, esto me recuerda las construcciones pétreas de mi punto de origen ancestral, las disposiciones de piedras asimétricas perfectamente encajadas, típicas de la arquitectura preincaica del altiplano andino. Esta rugosidad pulida que simboliza la fusión perfecta entre lo primitivo y lo extraordinariamente refinado, no hace sino aumentar las características tantalizantes del misterio. Se

ha medido con toda precisión la rectitud que los túneles presentan, y ésta es perfecta hasta donde nuestros instrumentos son capaces de medir. No hay salientes discernibles, aunque a intervalos desiguales haya fisuras anulares, rectas también, cuya razón de ser desconocemos. No se han encontrado vehículos pertenecientes a la antigua civilización que construyó las redes tunelares, si bien los indicios existentes inducían a predecir su existencia, una existencia inextricablemente ligada a la de los túneles.

#### IV.

He utilizado mi peso oficial y la posibilidad de que los conocimientos obtenidos me sean de utilidad profesional para tener prestado por unas horas uno de los vehículos experimentales que han sido diseñados para explorar la red. Se trata de un disco de plástico alitivo el área de cuya circunferencia está recubierta con una aleación de titanio. Se ajusta dentro del túnel con exactitud de centésimas de milímetro. Leo mis instrumentos para asegurarme de que todo está bien y lo dejo en automático. Mi primera ronda será experimental, exploratoria y breve.

#### V.

Todo ha transcurrido normalmente, pero durante la tercera ronda algo sucedió que tiene mis nervios crispados. He creído distinguir la formación de una cornisa allí donde existe una fisura. Un desarreglo de milímetros a estas velocidades sería mortal. Cientos de pensamientos invaden mi mente, algunos de ellos perturbadores, como la noción de un plan exquisitamente premeditado para impedir que logre llegar a Otus Maior. No es posible la formación de un saliente. No se han distinguido mecanismos de ninguna especie en las envolturas tunelares, y hablamos de roca viva. Quizá fue mi imaginación, porque pasé la fingida cornisa sin haber sufrido el inevitable accidente.

#### VI.

El silencio es tan intenso que parece vibrar, siento que llena estos espacios infinitos como un fluido viviente y viscoso. Este caver-

noso recinto es un cubo de dimensiones incalculables. No aparece en el mapa que me proporcionaron los arqueólogos, pero esto no es sorprendente, dado que tan solo una porción minúscula de estas construcciones subterráneas ha sido explorada. He decidido separarme de las rutas conocidas, con el vago propósito de buscar respuesta al misterio de la cornisa. Me he convencido de que tiene una importancia fundamental para mi vida, tal vez una significación cósmica. ¿Cuál es su oculto mensaje? ¿Qué función tuvo, qué función tiene ahora que sus constructores han desaparecido sin dejar rastro? ¿Cuál relación guarda con el siniestro plan que oscuros enemigos míos han fraguado en mi contra? ¿Por qué planean destruirme, qué otros planes monstruosos han urdido en secreto?

La explanada que ahora contemplo está vacía, pero inmaculadamente limpia. No hay rastros de polvo, ni de ninguna otra cosa. La lisa planicie está interrumpida únicamente por dos estructuras pétreas: la una negra y brillante, en forma piramidal; la otra de una sustancia como cuarzo, preñada de vitrificaciones plateadas y cruciformes, de forma espantosamente irregular. Me acomodo de espaldas entre ambas, tratando de calcular la bóveda distante y hierática. Sorprendido, me doy cuenta por primera vez en la vida de que siempre he estado solo. No recuerdo un solo amigo, y aunque me esfuerzo denodadamente, ninguna cara conocida me viene a la mente: todas se deforman como humo en cuanto creo empezar a distinguir sus facciones.

## VII.

Debo haber dormido. Durante este tiempo, que pudo haber durado segundos o semanas, he tenido dos sueños:

El primero tuvo lugar en aquel tiempo cuando el hombre aún no tenía nombre para sí mismo. Éranse entonces dos hermanos de la pequeña comunidad original. Un día decidieron no regresar, y partieron hacia el norte. Los fríos arreciaban, y la caza era pobre. Pero ellos tejían sueños en secreto, que compartían sabiéndose más solos que el resto de los hombres. Por eso desbordaban su fantasía, construyendo el mundo perfecto que les había faltado, y del cual los antiguos hablaban solamente con lamentación. *Será diferente cuando lleguemos allá*, dijo el menor. El mayor lo contempló a través de una breve pero intensamente sombría y triste mirada: *¡Será diferente*

*cuando llegue yo!* El menor había concebido temores, y por eso su soledad continuaba aumentando. Solo su sombra persistía, y su fiel compañera de caza. Sus temores lo consolaban, ante la decisión voluntaria de quedarse aduciendo enfermedad. El mayor se disponía a partir, temeroso y angustiado. Pero las demás hembras habían decidido partir con él. *¡Quizá todavía te vea allá, hermano!*, le dijo con sentimiento al despedirse. El mayor ensayó una sonrisa cruel y dio la vuelta.

En el segundo sueño soy invisible como el aire. Afuera se extiende, en todas direcciones, la misma superficie marcada de cráteres. El cielo es insondablemente oscuro, y en su negrura las estrellas parecen fijas como pedernales de lumbre incrustados en una distancia corpórea. Una nave, empequeñecida por la lejanía, parece suspendida para siempre en el espacio. Un pincel de luz se prolonga sin movimiento desde su extremo inferior. Abruptamente, me encuentro dentro de un complejo habitable, dispuesto según un orden retorcido e inesperado que recuerda vagamente el patrón de los cráteres exteriores. Un número indefinido de habitaciones está interconectado por pasillos con apariencia idéntica, todos ellos difusamente iluminados por las paredes. A trechos irregulares se distinguen las puertas de los cuartos, todas ellas iguales. Invisible y sin ruido ni movimiento recorro los corredores. Me detengo al azar frente a una de las puertas. Sin dudar un instante, la abro, penetro en el aposento y la cierro con perfecto silencio. Una alfombra fina y suave, de un color negro azulado y grisáceo o blancuzco como el pelambre de un gato siamés, cubre el piso de pared a pared. Mullidos sillones y espesas cortinas decoran la sala. Una mesilla negra y pulida se destaca en el centro, sostiene un recipiente de cuarzo lleno a medias con ceniza. No se ven por ninguna parte cigarrillos ni colillas. Sobre la alfombra, han quedado marcadas profundamente unas pisadas, como testimonio de algún tránsito invisible. Levemente cruzo la sala y me dirijo a una de las cortinas. Haciéndola a un lado, paso un umbral sin puerta y me detengo en un balcón que mira hacia un patio relativamente pequeño, cubierto de tupido y parejo césped, iluminado por reflectores eléctricos —no demasiado potentes— situados en cada una de sus cuatro esquinas. El balcón tiene una baranda. Con una mano apoyada sobre ésta, un esqueleto humano contempla filosóficamente las inmóviles estrellas, mientras el velo nupcial que lo cubre se mece con suavidad.

### VIII.

He vuelto a mi vehículo, y a mi solitaria pero monumental tarea. No tengo explicación, pero sé que descubrir la realidad de las cornisas, demostrar su existencia, es indispensable para el futuro de mi especie. Ante tan imponente propósito, los nefandos conciliábulos de mis enemigos adquieren su correcta y risible perspectiva. Me sorprende que les diera importancia alguna vez, pero esos momentos parecen tan distantes que pudieron haber pertenecido a otra vida, o ser parte de un oscuro sueño. He descubierto que las cornisas varían (esto resuelve una de mis preguntas, a saber: si debo pensar en una sola cornisa multiforme, o en varias cornisas individuales pero partes de una estructura unitaria). A veces se proyectan como una dentadura casi artística que orla la fisura en donde aparecen, produciendo de la nada, por decirlo así, una boca numinosa. En otras ocasiones son reglas delicadas que definen portales ignotos, o bandas vivas, signaturas de la curva del universo.

Ya no siento temor: tan solo un propósito matemático y frío. Mi trayecto implacable ha de demostrar la existencia real de ese movimiento imposible, para que mi muerte sirva de testimonio y de advertencia a los demás. Llegué a Tierrapaulita Xm32 hace exactamente 3.1 días, T.T.

## SETENTA LEGUAS AL NORTE DE IXIMCHÉ

Tengo apenas minutos de vida. El cuchillo no es de pedernal, pero mi voluntad se escapa sin que pueda evitarlo por un orificio ancho e invisible. Desde aquí contemplo la pared del barranco que no conocerán los invasores, ni los hijos de los hijos de sus hijos, ni las propias generaciones futuras de mi pueblo. Veo las lianas húmedas que ellos desconocen y desconocerán aún más cuando se acostumbren a ellas. No podrán ver en éstas la antigüedad de su pasado, el reflejo todavía vital de lo último que le fue asignado al hombre. Los cadáveres vivientes seguirán la ruta automática de su rutina; ciegos al surgimiento de la vida, se volverán voraces como la vida naciente.

El cuchillo de pedernal no humeará más con la sangre caliente del sacrificio, los costados no abrirán su flor rojiza y espumosa. No más conflictos para el viejo adivino de pensamientos divinos, no más noches de coruscante silencio, de serpientes salpicadas por la fuerza de la luna, multiplicada en los rincones infinitos de la selva.

Yazgo aquí, entre monolitos cargados de poder, entre las últimas piedras vivas. Pasará mucho tiempo. Un mundo se ha destruido hoy, todo un mundo, y me maravilla que sigan las cosas, y la simultaneidad me asombra como me sorprendía siempre la necesidad del dolor.

No he tocado nada. Nada me ha tocado. Me escapo con una muerte más grande que mi vida, infinitamente mayor, inconmensurable. No sabrán comprender mi muerte. No la sabrán. No conocen la muerte. Solamente su vida eternamente moribunda, su imitación de vida.

El tiempo casi ha llegado a su fin. El mundo ha sido destruido por quinta vez. ¡Cómo pasa la destrucción del mundo! No me hubiera dado cuenta si hubiese muerto yo solo. Quedan generaciones de cadáveres. Hasta que la saliva de una calavera vuelva a fertilizar a las doncellas.





## GUMARCAAJ

¡Gumarcaaj, Gumarcaaj! Sobre la tierra corre el sueño, sobre las sierras y el cielo, sobre los suelos de jade, entre florestas y milpas, sin condición ni desaire. Donde lo real se hizo sueño, el sueño trae susurros, colmillos confidenciales, colmenas y colmenares. Donde se quemó el camino, el sueño hace ciudades, y hace caminos nuevos donde están las capitales. Como sueño duerme sin nombre entre las oscuridades, pero alienta sin decirlo, vibra sin comunicarlo.

¿Cómo volverás a ser, Gumarcaaj, de tus dueños? ¿Sobre un jaguar de destellos o sobre los cementerios? ¿Lograremos forjarte si te traen los años o te soñaremos muertos sin corazón ni recuerdo? Pero nos llevas tú entre ramajes de viento: mientras nos dure la magia tendrás un doble aposento. Y te llevamos también como raíz en las venas: tendrán que talar el mar para adormecer tu espera.



## MIRADOR

La isla se levantaba brutalmente, rígida en el aire duro y transparente, bien definida sobre el mar cortado como un cristal contra el cielo reverberante y fijo. Una gaviota de metal, grotesca en su pulcritud de línea, horrorosa en su perfecta economía, su esquelética disposición del movimiento, gritó una sola vez: un solitario grito perfecto y rectilíneo, una rasante espada sobre las palmas. Yo estaba de pie en la barca, tenía el pecho desnudo y los muslos descubiertos. Curiosamente, no sentí miedo, ni el filito desgastado que traen las noches de invierno cuando uno esta lejos de la patria. Aquí, después de todo, no había hombres ni mujeres, ni seres de carne envuelve-huesos, de dolores lubricados con sangre.

Esto no es ni sueño ni castigo, ni alucinación fuera del cuerpo. Es la forma del sol en sus postrimerías, quizás el epitafio de nuestra especie, el último comentario de los muertos, de la imaginación ahíta de cultura. Aquí los bosquimanos y los chinos son tan extraños como los hugonotes, y profundas preguntas sobre el origen general de las galaxias tan importantes como la vida de un saltamontes el 24 de febrero de 1987.



## LA DUDA DEL INMORTAL

A través de la ventana veo el verde fosforescente de la selva nocturna. Los helechos son enormes, las palmas tienen algo del cobalto eléctrico del cielo. El aire es blando y acariciador. Mi ventana es oblonga y la luz se desprende opalescente de las molduras del techo. Las paredes despiden una luminiscencia azafranada y mate que combina armoniosamente con la bata de muselina que lleva puesta mi compañera, reclinada sobre sus almohadones favoritos. Tengo necesidad de salir.

Afuera, el camino negro y oloroso conduce hasta el centro mismo de la selva. No me detengo para usar alguno de mis trillos conocidos, y persigo mi propósito firmemente hasta llegar a la segunda laguna. Varios mundos han surgido y se han desintegrado desde que estuve aquí por última vez.

Su agua es de múltiple densidad, cada capa ondula con un color temporal particular. El aire se esfuma sobre la superficie, haciendo titilar las luces de una ciudad lejanísima, que desde el fondo de otra galaxia envía luz que parece tiritar también en los bordes de las hojas que crecen sobre la orilla opuesta. No me interesa.

En lo profundo de la laguna, veo una constelación de puntos luminosos que adquieren sentido con inefable rapidez. Un hombre delgado y moreno que inclina la cabeza medrosamente al caminar, se detiene frente a su refrigerador. En el momento de abrir la puerta, se percata de una figura borrosa entre los bananos colocados sobre la nevera. Es una cucaracha. Siento que el hombre vacila. Toca la envoltura de las frutas y lo veo vencido finalmente por el asco irracional al escuchar el ruido de las patas sobre el papel. Se dirige a un estante exterior, entra de nuevo cerrando la puerta con meticulosidad y encuentra a la cucaracha en el mismo lugar. La baña en insecticida. La cucaracha huye con desesperación y el hombre sigue rociándola compulsivamente. El animal salta al suelo y cae

de espaldas. El hombre continúa con el vago propósito ahora de ser compasivo. La cucaracha mueve las patas frenéticamente sin darse vuelta. Él toma una escoba y cuando la vuelve a ver, está con las patas rígidas, como abrazando una bola invisible, congelada por la asfixia en medio de su movimiento incomprensible e impotente para el hombre, quien la barre fuera de la casa y luego deposita el alimento que destila veneno en la basura.

Esto sí me interesa, pero he visto suficiente. Vuelvo la mirada hacia abajo, hacia mis pies que refulgen lejanamente, estabilizando así mi conmoción, reflexionando ávidamente sobre lo percibido. El humano y la cucaracha no se comprenden. Actúan automáticamente, a nivel de especie. No están conscientes de su ser. Los individuos son irracionales en su interrelación y sus especies solo se relacionan compitiendo.

Este problema concurre sordamente con la duda que me atormenta. La mente de mi compañera toca suavemente el exterior de mi consciencia. Está preocupada y me recuerda la felicidad infinita de poder gozarse en el propio ser. Ella no conoce la segunda laguna y su terrible secreto sobre la interpenetración absoluta y el estado momentáneo del ser, ambos requisitos de su naturaleza. Pero no percibe mis pensamientos, sino una nube fluyente y multicolor, oscura y vaga, el reflejo de mi visión quizá, que ella confunde con una herida, con alguna disfunción intransmisible. Decido volver y retira su presencia, tranquilizada por el momento.

El camino de vuelta se me hace largo, y un terror incoloro me invade al comprender, como creía saber antes automáticamente, que desconozco la mayor parte de mi ambiente, la mayoría de los trillos y lagunas. Es imposible ir más rápido de lo que voy. Salgo de la selva por un hueco negro, dejando luz atrás.

La puerta de mi casa es tibia y acogedora, la lumbre se esparce lenta y generosa por sus ventanales como fondos marinos. Adentro, mi compañera sacude sus esplendentes cabellos negros y sonríe lanzando destellos desde sus ojos curvos y violetas.

—¿Te preocupas por mí?

—No comprendo tu reacción ante lo desconocido.

—Obviamente es una limitación.

—Es solo parte de lo completo. ¿Cómo mantenerse si no es por medio de la ilusión que exige la sucesión infinita, la eternidad del tiempo?

—No sé.

Hemos sido medida del principio y el fin de muchos soles. Somos testigos de la infinitud y nuestro recuerdo no tiene comienzo. Sin la exploración inacabable, sin lo desconocido que condiciona la diferencia, nuestra existencia sería un solo ciclo, el mismo ciclo, un ciclo único una y otra vez, un estado de ser como nada doliente.

—Pudo ser efecto de la velocidad límite que adoptaste. Te sienten normal ahora. Pero todavía tienes esa mancha desagradable.

—¿No te das cuenta? Limitación es condición natural del ser. Límite quiere decir fin.

Me mira con ternura clínica.

—Lo que no tuvo principio no puede tener fin.

—¿Te preocupo?

—Sí.

—¡Entonces comprendes el dolor!

—En serio me preocupas. Siempre seré como he sido... ¿cómo dejar de gozarme en ser?

—Entonces eres parte, tienes unicidad. Es decir, tienes fin. O tienes todos los fines como yo, puesto que lo que pretendes solo es posible en el no-ser, en el ser cada parte.

Me observa con extrañeza.

—Eres medida de un tiempo y por eso te niegas a concebirte fin. Pero tienes muchos principios que desconoces.

Ella ríe aliviada como lluvia de plata. Lo que he dicho le parece un divertido juego de palabras. Mueve su cabellera negra como el espacio vasto. Sus dientes están hechos de hirientes estrellas. Me abraza y es feliz de nuevo.

Pero no podrá ocultarse de su temor constantemente. Algún día irá a la segunda laguna. En algún momento admitirá el sufrimiento. Alguna vez reconocerá la muerte.





## LA CLAVE

### I.

A través del bosque de abedules se abre camino una senda corva y delgada, tapizada a ratos con hojas secas, barrida ocasionalmente por el viento. Todo está en calma, y el silencio es vasto pero profundamente vivo. La tierra oscura despide sutiles aromas, el cielo flota cargado y acechante.

El sendero se abre en abanico frente a un pabellón chino. Aquí, el claro permite contemplar el confuso y cambiante diseño de las nubes, ora transparente y fino, ora gris negro, raudo y amenazante. El aire cuelga de las ramas sutil y desconfiado. Las hojas tiemblan levemente, señalando los puentes que atraviesan un riacho de lucientes piedras blancas.

El pabellón es delicado y leve. Descansa como una telaraña de bambú y madera. Como una burbuja quebradiza a punto de emprender vuelo. El techo airoso y exquisito está cubierto de polvo. Las pilastras de laqueada madera también. Las arañas tejen alrededor de las lámparas de papel. A lo lejos, es posible divisar un pequeño conjunto de habitaciones.

El camino que une al pabellón con los cuartos descende apenas para subir de nuevo. Adentro hay un altar abandonado. Una imagen dorada y polvorienta del buda, un incensario tupido con ceniza fría. El aire se cuele húmedo y nocturno.

Sobre la cama descansa ella. Una mujer de ojos verdes y rasgados. Cubre su cuerpo con una chalina y sus pies con zapatillas, ambas hechas de seda negra bordada enigmáticamente con rojo. Cuando está abierta la ventana, puede contemplarse desde aquí la laguna de lotos azules.

## II.

Otro Ciervo revisó la noche del desierto con dilatada mirada. Nadie había llegado jamás tan lejos. Desde aquí se veía el sagrado bosque de abedules del que hablan los ancianos, el terreno prohibido del Gran Cazador. Ninguno había considerado hasta entonces cruzar la linde extrema de la arena. Nadie había tenido ocasión. Generalmente, el nahual llevaba a los jóvenes guerreros a las montañas, rara vez al desierto, nunca al linde de abedules. Para Otro Ciervo, era penetrar en el ignoto lugar o internarse de nuevo en el yermo para morir de sed. No tenía ya tiempo para regresar a la aldea. Por un instante, el pensamiento de dirigirse directamente hacia el bosque lo tentó. Pero continuó persiguiendo a su nahual.

La noche era dividida momentáneamente por relámpagos breves. Agua marina y negro, el cielo se desplazaba en dos estratos suavemente lumínicos sobre la tierra punteada de cactus. La arena parecía desplazarse amarilla y azul bajo sus pies.

Por un lado, la lejana y enorme cadena de montañas flotaba como nubes rígidas sobre el horizonte. Por otro, la línea boscosa. Y un río de desierto entre ambos lados. Llevaba una semana sin comer y no sentía hambre. Tenía largo tiempo sin beber y no estaba sediento. Por todos lados la luz se esparcía sin herir mientras él perseguía a su nahual. Uno de esos momentos cuando la realidad es esencialmente mágica y nada parece torpe o trivial. Era su danza de poder. Sabía esto mientras corría como lo había hecho durante varios días sin parar. Y en este momento supremo, haciéndose hombre, disponiéndose a morir, Otro Ciervo era la consumación de la vida. Cada acto fluido y espontáneo era impecable. Volaba sobre la arena libre y ligero como su mirada, en medio de espacios infinitos.

La luciérnaga brilló y quebró hacia el bosque de abedules. El muchacho viró su trayectoria y penetró como una flecha entre los árboles. Un sendero delgado y corvo se abrió bajo sus pies.

## III.

La mujer se levantó del lecho. El viento era desusadamente fuerte. La música de las hojas era salvaje, sus campanitas de bambú tintineaban con desenfreno. «¿Será posible? », pensó, dirigiéndose al pabellón de la luna. Descuidadamente llevaba el chal sobre su traje de cuello alto, el viento agitaba las puntas pavonadas de su cabello

apenas recogido con dos alfileres de cristal.

Desde el pabellón era posible contemplar el cielo. Los abedules alzaban sus copas como llamaradas violetas. Había pocas estrellas y su luz humeaba en un cielo radioso de marinos azules. Ella, que creía mirar la neblina desde su montaña, se apoyó en la baranda. «¿Será posible? », pensó, «¿Será posible?» Entonces distinguió al muchacho que corría semidesnudo y traslúcido.

#### IV.

Otro Ciervo vio cómo la luciérnaga se hizo broche rojiazul sobre el traje turquesa de la mujer. Ella lo miraba con ojos verdes y oblicuos, grandes, penetrantes, fosforescentes. Tenía la boca diminuta y fruncida, todo su cuerpo y su rostro concentrados en él como los de un gato electrizado. El cabello le caía como los tajos de una espada curva, congelados en el espacio.

—Joven bárbaro, ¿vienes en búsqueda del poder?

—¿Qué clase de ser eres tú? Los ancianos hablan de formas animales.

—¿Vienes a buscar el poder?

—¿Qué clase de ser eres tú? No pareces espíritu.

—Yo soy la clave del poder.

—¿Pero qué clase de ser eres tú?

—Llámame dragón.

—¿Qué he de hacer, dragón?

—¿Vienes en búsqueda del poder?

—Tú eres el poder y mi nahual, ¿no es así?

—No así. Si tú deseas el poder, tienes que conquistarlo.

—Está bien. ¿Cómo he de hacer?

—Cruza el bosque en esta dirección. Encontrarás un lugar privado de vegetación, renegrido, poblado por arañas inteligentes e hipócritas. Horrores extraños encontrarás allí, autodestrucción, máquinas y culpas. Hacia el medio hallarás un ser humano. Come de todo, pero se alimenta con sus propios excrementos, tiene una sonrisa roja y otra azul, se castiga y se da gusto alternativamente, es hombre o mujer, pelea consigo mismo, mantiene con el poder la ilusión de realidad que permite la prolongación de su existencia. ¿Has comprendido hasta ahora?

—No comprendo tus explicaciones pero no me son necesarias.

Dime qué he de hacer.

—Penetra en su interior. Mátalo y desposéelo de poder o bien desposéelo de poder y llévalo al desierto. Yo estaré contigo de entonces en adelante.

## V.

Otro Ciervo contempla la planicie del poder. Siente compasión por su dueño. Evidentemente, es solo un juguete de malos espíritus. Resuelve optar por la segunda alternativa: desposeerlo primero, llevarlo al desierto después. Ayudado por la clave, se convierte en mendigo y atraviesa la torturada llanura. Al llegar al medio, se convierte en ciervo. Se deja cazar y se deja comer. En el estómago, permanece oculto como un sueño olvidado.

## VI.

Ya comprende el guerrero por qué es inimaginable el concepto de totalidad del poder. Este ser humano mismo, juguete de malos espíritus, es un espíritu malo. Pero la compasión habrá de tener buenos frutos. Ahora esperará. Esperará su victoria final e inevitable. El golpe desde las entrañas. La transformación. El cambio.

## VII.

En el pabellón de la luna, una mujer de rostro triste y exquisito contempla a ratos su abanico con nácar, y a ratos el abanico del camino, que se une en una senda corva y delgada hacia el bosque de abedules.

**III**

**TRES CUENTOS  
SOBRE OB**



## LOS DEMONIOS

EN EL MUNDO DE OB, LOS DEMONIOS SE REÚNEN SIEMPRE DE ACUERDO CON UN PATRÓN REGULAR. POR ESO ES POSIBLE LOCALIZARLOS Y HACERLOS PARTÍCIPES DE NUESTRO ALARIDO. YO BUSCO Y ELLOS SE REPITEN ACORDES CON LA IGUALDAD.

La inscripción anuncia una dependencia del Sagrados Colegios. Furtivamente, los acólitos cruzan el umbral transformándose como camaleones profundamente cobardes. De pronto, un diente aquí, unas llagas allá, una sonrisa servil, una lengua lamedora, alguien procurando obtener la demencia atroz de sentirse real y solo en un universo asqueroso y vacío.

Grozonab Dap, el espía, se desliza hacia fuera con una última mimetización calculada para pasar inadvertida. Luego se dirige rápidamente al Suburbio Menor, acomodándose siempre junto a las sombras irregulares proyectadas por las paredes de hueso incrustado con turquesas, que definen en impredecible diseño los límites de las mansiones pertenecientes a los Muchas Veces Capellanes Mayores. Al llegar a la retorcida plaza de la Calavera Sonriente, blasfema a ocultas pretendiendo cumplir con el ritual piadoso. Pasando bajo el arco superciliar derecho, sale por el izquierdo, como es costumbre sagrada, pero dentro de la bóveda oscura con estrías cobrizas y dolorosas, a solas, no se desdobra sonriendo vulgarmente, sino que gime unificando el yo y camina para atrás fingiendo la mismidad de las puertas.

Saltando como un sapo deforme, llega finalmente a un orificio pequeño y contrahecho, por donde entra a uno de los múltiples cubículos del Suburbio Menor. Allí lo esperan otros dos adoradores del Demonio. Asimilándose a la expresión del recién llegado, lo



toman de cada mano y se concentran en la noción de la unidad.

—No hay sino lo mismo.

—Por todas partes lo mismo.

—Lo mismo, lo mismo, lo mismo.

En el mundo de Ob, la solidaridad jamás ha sido conocida. Grozonab Dap, Zrogonab Pad, y Pad Nagrozob han recogido por fin réplicas diminutas de todas las deidades multiplicantes de la Gran Ciudad Antiperiférica. El Hueso de Kol, La Muñeca de los Dientes, El Falo Convulso, Pechos Flácidos... todas han sido reunidas. Sentados en círculo, los satánicos blasfeman, y colocan juntas todas las miniaturas que representan la diversidad divina.

—Porque es una sola.

—Uno solo.

—Unamos con un hilo cada una a cada una.

—La unión simbólica es real en esencia.

—Es real.

—Es la única realidad.

Están listos para el rito de la redención. En una jaula pequeña, un niño de los recién consagrados a la diversidad se revuelca en su excremento. Juntos, los tres dialogan con él.

—¿Cómo te llamas?

—Diverso soy ya. Krotir Gos, Montid Rup, pronto me será dado ser Shoñís Get.

—Uno eres, uno.

Grozonab le corta un pie.

—Uno es este pie.

Zrogonab le quema los genitales con una brasa.

—Uno eres, uno.

—¿Cuál de todos soy?, dice una voz atiplada, habiendo despertado de pronto a un terror desconocido.

—No entiendes. Uno eres, uno.

Dap le saca los dientes y le coloca un testículo asado en la boca. El otro lo ha devorado con fruición.

—No entiende.

—No entiende.

—No entiende.

A una, le cortan las cuerdas vocales. El muchacho se retuerce en espasmos.

—Que la unidad divina sea en ti. Todas las deidades son una sola, pero tu mente pequeña las ve distintas.

Ritualmente, con lentitud amante, le abren el vientre, extraen sus entrañas, y colocan en el agujero palpitante todas las miniaturas. Luego cosen la herida cantando con armonía perfecta:

—Ya eres uno, ya eres uno, ya eres uno.

Redimido estás. Has sido redimido.



## EL DIÁCONO

### I.

Mazulab Eka, diácono menor de los Grandes Templos Periféricos, sostenía la escudilla sagrada con temblorosas manos. Solo un furioso esfuerzo de la voluntad, una sincera determinación por conservar su fe, lo llevó a ponerse, voluntariamente, de nuevo al alcance de aquella infame noción. Por un instante, después de que pasara la sensación de vacío y constricción en el estómago que le desencadenó el terror, sintió que había vencido la demoníaca aparición mental, e incluso tuvo tiempo para algunas reflexiones estéticas. La obra que contemplaban sus ojos era un ejemplo purísimo de la consumada orfebrería típica del período de Cuatrocientos Soles. Cada detalle estaba labrado con esmerada precisión, y la profusión de la forma no ocultaba sino más bien hacía resaltar la simplicidad inmaculada del estilo. No en vano la producción de este período, es más, el período mismo, se había hecho sospechoso a los ojos de la feroz y suspicaz ortodoxia imperante. «¡Con qué injusticia!», pensaba Mazulab. «¿Por qué había de hacerse más sospechosa la belleza —por ser bella únicamente, pues se conformaba perfectamente a los cánones doctrinales a pesar de los intentos meticulosos de los Inquisidores por desacreditarla— que la temerosa vulgaridad actual, la cual se inclinaba servilmente ante las prescripciones multilógicas, deformándose asimétricamente en un afán absurdo por enfatizar lo que era evidente?»

Pero de pronto, en un solo relámpago instantáneo, la visión se posesionó de su mente. Como cuando le había sucedido por primera vez, el pensamiento prohibido y la percepción incandescente se apoderaron de su ser con la fuerza irresistible de una alucinación mesmérica. Como entonces, percibió con tenebrosa lucidez la repetición de su imagen. Imagen. En cada una de las subfacetas curvamente triangulares, vio su imagen. Una sola imagen multiplicada

progresivamente. Es decir, no vio, como debían verse, múltiples imágenes. Sabía de memoria la fórmula litúrgica que prescribe:

LO QUE SE REPITE NO ES LO MISMO. SI LO FUERA OCUPARÍA EL MISMO TIEMPO O EL MISMO ESPACIO. ASÍ, VARIOS FUEGOS NO SON EL FUEGO, NI VARIAS NOTAS CON IDÉNTICA FRECUENCIA LA MISMA NOTA.

Pero el carmen exorcístico, aunque se repetía incesante y automáticamente en su mente, no solo no disipaba el testimonio férreo de sus sentidos y de su raciocinio perturbado, sino que aumentaba con monótona insistencia la idea diabólica de la mismidad.

Presa de un insobornable temor –el peor de ellos: el temor a sí mismo– estuvo a punto de dejar caer la preciosa escudilla. En ese momento, sintió la presencia fatídica de una sombra violeta que se agigantaba a su alrededor. Temblorosamente, y con el rostro surcado por diminutos riachuelos, se volvió para contemplar los ojos centelleantes del Capellanes Mayores, visaje oscuro y barba negra bajo el gorro púrpura.

## II.

En los recintos próximos de los Templos Periféricos se celebraban, como era costumbre durante la segunda hora irregular, las ceremonias consagratorias de la diversidad individual. Los pequeños aguardaban con asustadizo rostro a que el Capellanes Mayores demarcara simbólicamente las escisiones de sus personalidades con la cuádruple vírgula hecha de cabellos Gasbop, los sagrados, que se separan unos de otros como por sacra voluntad propia.

Uno de los diáconos menores –mujer de rostro cetrino y ensimismado, no desprovisto de una dulzura afebrada– guardaba como es costumbre la escudilla sagrada, en la cual los niños habrían de contemplar su multiplicidad esencial, la múltiple individualidad que es esencia del yo, y luego escupir su baba, ofrecida como testimonio a la Divina Dispersión de la Vida. Con armoniosa irregularidad levantó la prenda –inapreciable reliquia del pasado– y después, en un gesto estudiadamente ritual, contempló su propia faz.

Tan solo el Capellanes Mayores notó la repentina lividez del rostro, la rigidez brutal en la persona del acólito. Su quebrada se-

renidad fulminó aquella parte que le pareció poseída de diabólico mal. La mujer reaccionó por un esfuerzo manifiestamente violento y con desequilibrados pasos –que no desentonaban en la hermosa ceremonia– procedió a completar su oficio.

Los altísimos arcos subían y bajaban en entrecortados suspiros. Pilastras y adoquines tachonados con la más sorprendente variedad de piedras preciosas, desentonaban unos de otras. Tamaños, colores, texturas –todo desarmonizaba con estudiada minuciosidad y buen gusto ultrarrefinado. Los espaciosos pasillos de las diversas naves ondulaban de la entrada al sanctum en caprichosas vueltas o se dirigían a él desde sorprendivos puntos con la rectitud de un rayo.

Bajo las bóvedas de impredecible diseño, voces ocultas estremecían el aire, entonando la letanía usual.

*Porque la Vida es múltiple y diversa.*

*Porque evidente a nuestros ojos es la separación  
que da la vida.*

*Porque en todas partes lo que existe se divide...*

*(coro) Presenciamos la Verdad, la Realidad Divina.*

*Que es Diversidad.*

*Que es Separación.*

*Que es Vida.*

*Porque la Muerte es Nada.*

*Porque la Nada finge la Unidad Perversa.*

*Porque la Vida vivificó y es Vidas, rompió los Cetros de las  
Muertes...*

*(coro) Alabamos, alabamos, alabamos...*

### III.

—¿Cuántas veces te ha pasado esto, mujer?

—Dos solamente, mi señor.

—¿Ha sido inefectiva la fórmula ritual, dices?

—Así es.

—¿Cómo escapaste la primera vez?

—Su mirada fue suficiente, mi Reverencia.

—¿Y hoy? ¿Ahora?

—Persiste la noción, aunque sé que es mala y la siento fuera de mí.

—Iremos al Salón del Trono.

Mazulab Eka se inmutó visiblemente. Sabía que el procedimiento siempre era inexacto en estos tiempos de ortodoxia puntillosa, pero también había sabido con certeza inexplicable que iría al Salón del Trono. Su visión no la atormentaba como antes. Poco a poco se sentía hundir en un mundo de locura, tranquilo, dulce y sereno, donde no le importaba más no ser igual a los demás. Igual. Saboreó la palabra y el concepto mientras seguía los desiguales pasos de Zos Umab, Kapitab Zip y Autereñeidos Kos, Capellanes Mayores de los Templos Periféricos, lleno de múltiples secretos y santas divisiones. No. El haber sabido con certeza lo que iba a sucederle, prueba irrefutable de simetría universal, no la asustaba más. Lo único que todavía la hacía retroceder con cierta dosis de temor y por lo cual se había inmutado principalmente, era el dolor de la separación. Pero ahora, con su lucidez enajenada, poseía de una lógica pura y simétrica, identificaba ese temor como sano, como el único temor verdadero, y comprendía que en el mundo —en su mundo de Ob— el dolor más tenebroso, el más odioso sufrimiento, se aprendía a aceptar como condición natural, y por ende como medida del placer y del bien. Había aprendido a respetar y ahora la sorprendía tanta perversidad. Al examinar así la naturaleza de su miedo y condenar como pervertidas sus nociones anteriores y sus vidas separadas —tan laboriosamente establecidas, pues nunca se le reconocieron dotes especiales— alegría, una desconocida alegría, la invadió hasta las raíces de su cabellera. ¿Cómo explicar la interdependencia absoluta, la identidad dialéctica, entre lo Uno y lo Múltiple?

Al llegar al Salón del Trono, el Capellanes Mayores ya había notado su transformación y omitió cualquier palabra explicatoria que al principio hubiera considerado apta.

Súbitamente se volvió y cerró la puerta, tras una mujer de mirada refulgente y paso elástico y decidido. Solamente un trono desigual, hecho de resplandeciente oro macizo, adornaba aquel atormentado salón construido con una gigantesca pieza de cristal de cuarzo.

Kapitab Zip la insultó con violencia fría y metódica, mientras torturaba su cuerpo con los más refinados instrumentos. Al mismo tiempo, Autereñeidos Kos la violaba, con inaudito abuso de su carne y desmedida urgencia animal. Zos Umab la acariciaba con toda la

ternura de una madre, derrochaba palabras dulcísimas en sus oídos, trataba de consolarla y restañar la sangre que corría de infinitas y diminutas heridas. Muchos otros hicieron su aparición, incluso uno que lloraba de rabia al contemplar los desmanes de Zip y Kos, condenaba su maldad e ilimitada crueldad con apasionada retórica, trataba de apartar a Kapitab de su cuerpo con débiles brazos y entre gemidos embravecidos solicitaba la ayuda de Zos y otros. El Rostro del Capellanes Mayores estaba dividido en todas direcciones, al igual que su cuerpo. Al mismo tiempo que una fracción de su boca sonreía con ternura, otra maldecía a borbotones y la punta de su lengua vibraba obscenamente desde una esquina. Una mejilla se contorsionaba en varios sentidos a la vez, indicando horror, maligna satisfacción, profunda compasión...

Pero Mazulab Eka, la única, veía y dejaba hacer, pues sabía que su fin había llegado adecuadamente. Era solo el principio, lo sabía. Después entrarían en operación las técnicas de diversificación de la mente. Pero su insana alegría había dado lugar a una serenidad incommovible, una percepción ilimitada e inmutable. No había sino un amor informe, que penetraba todo y se autopenetraba. Las mentes de sus torturadores forjarían a su placer más imaginarias formas, y solamente sentía la compasión del vacío: eran en verdad sombras tratando de adquirir realidad haciéndose doler, doliendo, exigiendo confesiones a una realidad disminuida y deformada, buscando el reconocimiento de su vida. No existían.





## LOS ESCOLARES

### I.

SI ALGO NO SE ADECUA A NUESTROS DESEOS, SE CAMBIA. SOLO PUEDE LOGRARSE ESTE BIEN PERFECTO SI SE TIENE EL PODER. EL PODER PUEDE SER OBTENIDO.

PARA LOGRAR EL PODER, UNO SE DISMINUYE. ASÍ PASA INDADVERTIDO. LENTAMENTE Y CON CAUTELA SE MUEVE UNO, SIN PRODUCIR ONDULACIONES.

POR VOLUNTAD DEL PODER, ÉSTE SE DISTRIBUYE. DISMINUIRSE CON UN INFERIOR PUEDE SER UNA POLÍTICA TONTA O ASTUTA. CON UN SUPERIOR, LA DISMINUCIÓN PUEDE SER IMITACIÓN ACUCIOSA.

EL PODER JUEGA: ESA ES NUESTRA OPORTUNIDAD. CUANDO LLEGA, LA TOMAMOS AL INSTANTE, COMO SALTA EL GATO SOBRE SU PRESA.

EN EL MUNDO DE OB HACEMOS CIENCIA. NO PERDEMOS TIEMPO CON FANTASÍAS, COMO HACEN EN OTROS MUNDOS. AQUÍ TODOS TIENEN OPORTUNIDAD.

PARA COMENZAR, SE DIVIDE LA PERSONALIDAD CUANTO ANTES Y EN EL MAYOR NÚMERO DE ENTIDADES POSIBLE. CADA UNA APRENDE A DISMINUIRSE. CADA UNA DESCONFÍA INCLUSO DE SÍ MISMA. SE DESCONOCE EN CADA MOMENTO.

CADA DISMINUCIÓN ES UNA CARGA DE PODER. PARA TRANSFORMARSE EN ENERGÍA ACTIVA, TIENE QUE HABER ODIO SIMULTÁNEO.

ODIAR NO ES DIFÍCIL CUANDO UNO ESTABLECE LAS DIFERENCIAS, SE COMPARA Y SE SABE LAMENTABLEMENTE DISMINUIDO. SE EVITA LA AUTODESTRUCCIÓN QUE CONLLEVARÍA CULPARSE PORQUE NO EXISTE REALMENTE DIFERENCIA POR NINGUNA PARTE. LLEGADO A LA CUMBRE DEL PODER SOY TODOS, TODOS SON YO.

JzRote 1.XX

## II.

Gródsim Poas, que había estado en contemplación mística, tuvo un sacudimiento y bajó al sucio mundo de los otros. Era la tresbillonésima vez que repetía, en perfecto éxtasis, los nueve sagrados versículos, legados a los escolares por trampa y deseo del Manipulador del Poder. Le fascinaba especialmente el noveno, por la atracción que instintivamente sentía hacia lo esotérico. Ya casi había dilucidado el sentido místico de **R** precedida de **z**, y tenía en su poder el significado mágico de la secuencia **Jz..t. 1..X**. ¿Qué imbécil interrumpía ahora su arrobamiento?

Un desconocido, un perfecto desconocido, piensa Sim Pagrod, el científico. Casi convencido está de que los nueve versículos sagrados son un calco de la naturaleza real del universo. Solo faltaba analizar teóricamente las consecuencias matemáticas del versículo 6, cuando este estúpido, este perfecto desconocido, salió de la nada.

Záblud Aulmas, el poeta, trata en vano de definir la esencia poética de esa última palabra del octavo versículo. Sabe que es en vano, por supuesto, pero eso no le molesta como sí le molestaría a Pagrod. Estaba a punto de considerar minuciosamente, en una orgía estética, todas las relaciones que desembocan en "yo", cuando ese entrometido vulgar, ese desconocido ridículo, lo interrumpió groseramente.

Kapitab Zip sabe que no es aceptable. Es suficientemente inteligente como para saber cuándo hay gente de calidad. Sabe que intentar imitarlos sería suicidio. Se hace abyecto entonces, siguiendo la primera regla del manual. Arrastrándose servilmente, le lame las botas a Záblud, quien se ve aún más refinado que los otros dos. Pero Aulmas se retira con un gritito de disgusto. Kapitab lame ahora las uñas y las plantas encallecidas de Gródsim Poas, pero éste escapa rápidamente hacia algún recóndito observatorio místico. Zip, desconcertado, se pone de rodillas. "¡Mazulab Eka, Mazulab Eka!", gime débilmente. Pagrod, que estaba a punto de darle la espalda, presta atención de pronto. Kapitab Zip se arrastra ávidamente por el suelo en dirección suya.

—¡Mazulab Eka, sí, Mazulab Eka! ¡Perdona, luz de la ciencia, asombro del mundo, envidia de las estrellas! Pero leías los divinos versículos y me despertaste de los fondos aglutinados. Quienquiera fue el autor de esos versículos me recuerda a una loca que conocí hace tiempo. Se llamó Mazulab Eka, solo así, porque su locura

consistía en ser hereje máxima: sostenía la mismidad, y destruyó su diversidad intrínseca.

Los otros dos se muestran súbitamente interesados. Sim Pagrod mira hipnotizadamente hacia un punto indefinido. De pronto aparece junto a Kapitab, quien palidece entonces hasta casi desaparecer, un Capellanes Mayores. Su sombra púrpura se muestra satisfecha: "¡Sí, se ha progresado, no cabe duda! Pero el respeto por la ley es el mismo."

Pagrod vuelve de su ensimismamiento y consulta febrilmente la computadora mayor. Una cruel sonrisa de triunfo se forma en su rostro:

—Las últimas dos oraciones del sexto versículo están fuera de lugar. Debieron haber estado al final del octavo.

Una mueca grosera y socarrona aparece en el ambiente. Cumplida su función, los tres aristócratas, el clérigo y el desconocido, se desvanecen paulatinamente, concentrándose y re disponiéndose en el lugar ocupado por el clérigo.

### III.

El Primer Pretendiente a la Manipulación del Poder hace acto de presencia en la Antesala del Salón del Trono Secreto. Bajo su ceja derecha se oculta Sim Pagrod, bajo su ceja izquierda brilla Gródsim Poas. En el labio tembloroso se perfila Záblud Aulmas, y Kapitab Zip es una reclinante arruga facial.

«¡Viejo estúpido!», piensa. «Debe estar unificado, como aquella loca, interior y exteriormente. Ha dejado de desconfiar de sí mismo. Se siente mejor, está unificado. Pero no para luchar por el poder como yo. Yo lo estoy. Al fin. Éste era el secreto que me faltaba. Detrás de todas las personalidades, detrás de todos los sentimientos fingidos, estoy y estaba yo, mimetizado hasta la invisibilidad. ¡He aquí la famosa mismidad herética y mística! Soy yo. Ahora lucharé por el poder y lo obtendré. Derrotaré fácilmente a ese idiota autocomplacido. Será para mí el poder, el derecho de vida, muerte, sufrimiento y placer de todos cuantos existen en Ob. Los festivales de tortura serán los más grandiosos bajo mi dominio, la muerte será más genuinamente servil.»

#### IV.

El Manipulador del Poder estaba sentado como una piedra. El Primer Pretendiente, dispuesto a la lucha, se llevó una desilusión. No tuvo que hacer uso de todas sus múltiples inteligencias, agudizadas por el tiempo. Los párpados del viejo parecían altorrelieves tallados en basalto. La llama del poder, vibrátil, alerta y delicada como una libélula de luz, descansaba sobre el rocoso puño derecho.

La sombra púrpura, audaz y cautelosa, se acercó invisiblemente hasta la figura de piedra. Cuando estaba suficientemente cerca, tomó en una brumosa mano la llama del poder, como se corta una flor o un suspiro.

Defraudado por la simpleza del asunto, el ex-Pretendiente, ahora el Manipulador, quiso compensar torturando en una obra sinfónica a su predecesor. Pero solamente encontró personalidades derruidas a montoncillos de arena o de ceniza. Una experiencia repugnante que trajo a la mente del antiguo Capellanes Mayores el recuerdo de Mazulab Eka, la loca, quien se mostrara igualmente muerta e insensible. Solo una rata encontró viva, una rata penitente que dijo llamarse Autereneidos Kos y que temblaba lastimosamente. El espectáculo lo asqueó, porque la sabandija no temblaba de miedo, sino de arrepentimiento, y repetía una y otra vez: "¡No debí hacerlo, nunca debí hacerlo!" El Manipulador le dispuso una división primaria en tres por medio del dolor: introdujo astillas candentes en las órbitas oculares de Kos, le hizo ranuras en la piel, lo sumergió después en una solución ácida y dulce a la vez, rompió los huesos de sus brazos y piernas cuidadosamente, formó con los pedazos, que extrajo a través de los músculos y la piel, hermosas flores palpitantes de delicadas volutas, que rutilaban con la linfa amarillenta y la rojiza sangre, unidas todavía a los miembros mutilados.

Autereneidos Kos, en apariencia la única forma restante de lo que una vez fue Manipulador del Poder, olvidó su arrepentimiento por fin, se entregó al dolor, y se multiplicó infinitamente hasta desaparecer. El nuevo Manipulador saboreó el primer instante de poder absoluto. "¡Sí!", confirmó, lleno de prepotente sabiduría, "nadie es mejor que yo, nada puede ser mejor. Todo es digno de desconfianza."

## V.

A través de la llama del poder se observa al nuevo Manipulador castigándose. Carece de sensibilidad, es capaz de experimentar cualquier dolor y atribuírselo siempre a otros. El Antiguo Manipulador se sensibilizó, pasó a ser llama del poder. El nuevo Manipulador cree que domina el poder, pero la llama es como hoja al viento, solo deja que todo lo demás se conjugue en ella. Tras infinitos años, el malo descubrirá la bondad de su mal, que será bendición y castigo. En el mundo de Ob, solamente asequible al más malo de todos.

# ÍNDICE

EL SUEÑO DE QÜIR .....	7
------------------------	---

## I. COCODRILOS EN ALMÍBAR

LA CARTA.....	13
EL TIC.....	10
EL GÜIRI.....	11
ENFRENTAMIENTO.....	27
LA CULTURE.....	33

## II. COMILLOS CONFIDENCIALES

AUTOBIOGRAFÍA II.....	39
OTRO SUEÑO.....	51
YEGUA DE LA NOCHE.....	57
LA DIMENSIÓN DEL VIENTO.....	61
EL COCO.....	63
CLEOPATRA.....	65
HERENCIA.....	73
LOS ALTOS DE ANNÚVIEL.....	77
LA CORNISA.....	81
SETENTA LEGUAS AL NORTE DE IXIMCHÉ.....	87
GUMARCAAJ.....	89
MIRADOR.....	91
LA DUDA DEL INMORTAL.....	93
LA CLAVE.....	97

## III. CUENTOS SOBRE OB

LOS DEMONIOS.....	103
EL DIÁCONO.....	107
LOS ESCOLARES.....	113

Impreso en los talleres de  
*Mundo Gráfico*  
San José, Costa Rica  
en el mes de noviembre del 1999  
su edición consta de 300 ejemplares  
numerados y firmados por el autor



## **Manuel Arce Arenales (1949).**

Costarricense nacido en Ciudad de Guatemala. En poesía ha publicado: *Luces de invierno* (1997) y *El fondo de las luces* (1997); mantiene inéditos: *Contrafuertes de cal*, *Murciélagos de fuego*, *El Bodeguero*, *El Maquibucu* (poesía infantil), *V* (poemario colectivo) y *Candelabro de arena*.

En narrativa ha publicado la trilogía *La aguja azul de la memoria* (1993), *Leño florido* (1999) y *Espada de piedra* (1999).

En teatro conserva inédita la obra *Fedra*.

Editores  Alambique

ISBN 9968-9871-8-2

### ***Tsé Jan (Fiel a su natural).***

*Avanza entero por el camino trazado de su destino y coloca la mano con el mismo cuidado que si fuera a poner en marcha la primavera. Si golpea la puerta de un vecino no es para pedir prestado, sino para anunciar el nacimiento de una nueva raza de aves. En verdad nunca usurpa nada, pues adquirir con violencia engendra más pobreza. Se inclina hacia el enfermo con su ser entero concentrado en la ayuda. Luego, cumplida su misión, olvida.*

*Nunca se repite, no pule un estilo, no crea formas para obtener premios, dice sin desvíos, elude competir. Como sabe que todo se vive por última vez, vive cada reencuentro con la fuerza de una primera vez. Ermitaño, en la montaña inhabilitada, atraviesa la lluvia para ver caer las flores del cerezo; sus palabras sencillas y sus frases bien sentidas tienen el giro fácil de los ciclos de la naturaleza. Para que se muestre habría que ir a buscarlo en la región oscura donde se pierde el nombre de las cosas.*